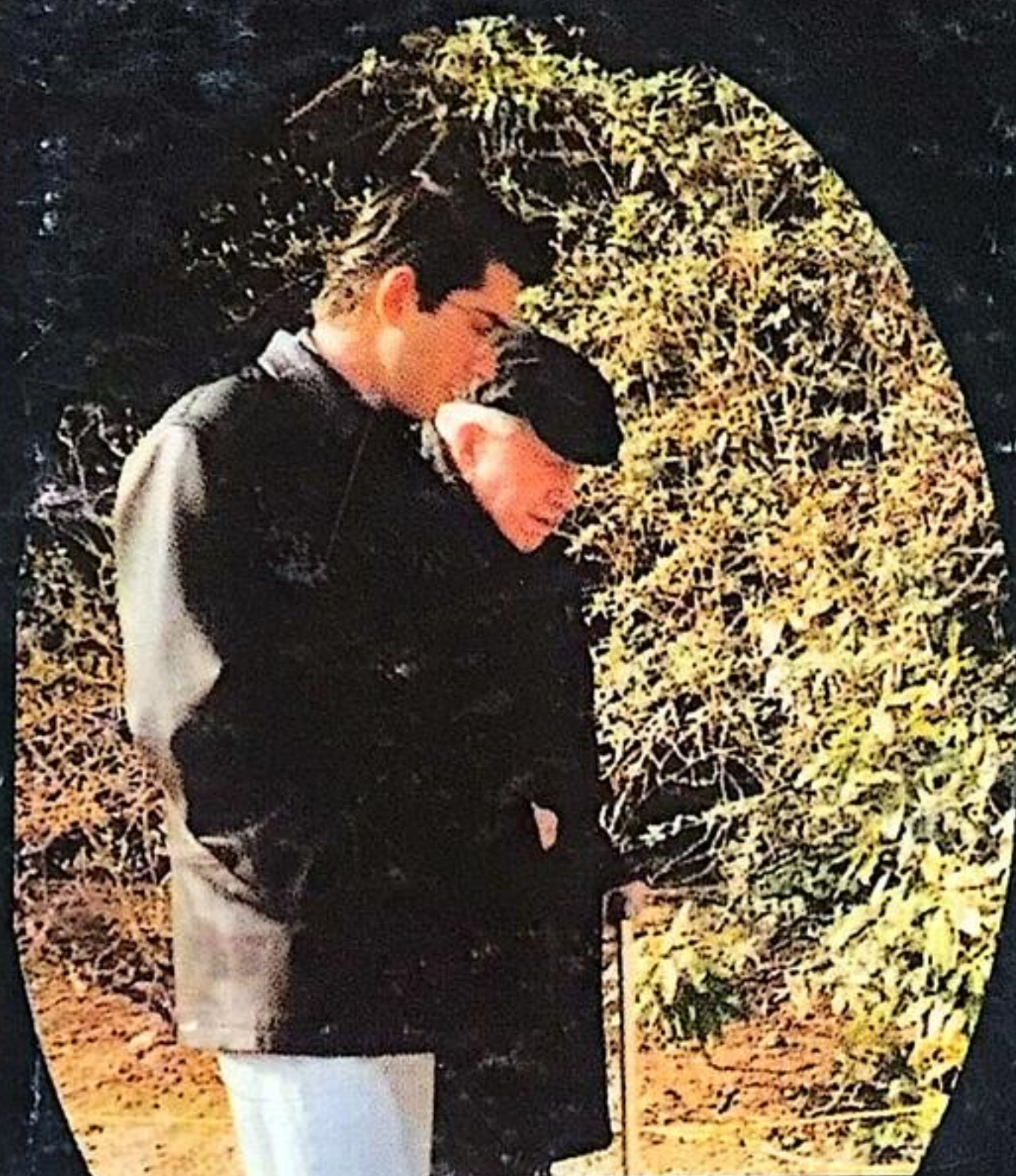
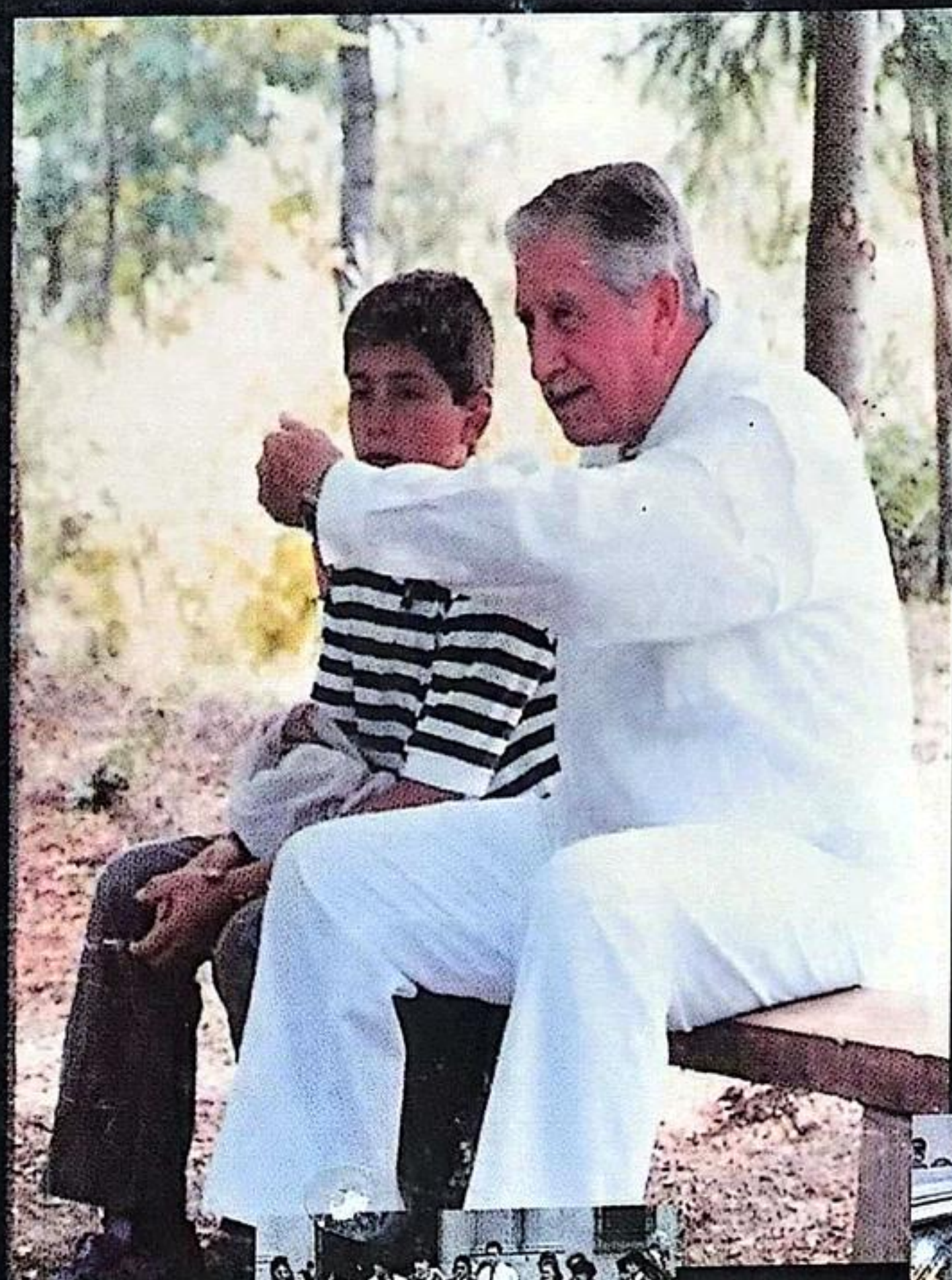


EDICIÓN
ESPECIAL.

DESTINO



TRAS 23 AÑOS DESDE EL ATENTADO EN CONTRA DEL GENERAL PINOCHET, EL NIETO QUE LO ACOMPAÑABA EXPONE SU HISTORIA JUNTO CON SUS IDEAS FUTURAS QUE LO LLEVAN A SER UNA ALTERNATIVA AL PARLAMENTO CHILENO.

RODRIGO GARCÍA PINOCHET



RODRIGO ANDRÉS GARCÍA PINOCHET ES ECONOMISTA Y MBA EN NEGOCIOS INTERNACIONALES. HA EJERCIDO GRAN PARTE DE SU PROFESIÓN EN ESTADOS UNIDOS, PAÍS DE DONDE REGRESÓ CON EL PROPÓSITO DE ENTRAR A LA ARENA POLÍTICA COMO CANDIDATO A DIPUTADO EN LAS ELECCIONES DEL AÑO 2009. A LO LARGO DE SU VIDA HA SIDO TESTIGO DE NUMEROSOS HECHOS HISTÓRICOS DE NUESTRO PAÍS DE CONNOTACIÓN POLÍTICA, COMO LO FUE EL ATENTADO PERPETRADO EN 1986 EN CONTRA DEL EX PRESIDENTE AUGUSTO PINOCHET UGARTE.

HA PUBLICADO CUATRO LIBROS, DESTINO (2001), CASO RIGGS. LA PERSECUCIÓN FINAL A PINOCHET (2007), EL FIN DE LA CONCERTACIÓN (2007) Y EL PROGRESISMO. DESAFÍO DECISIVO PARA UNA NUEVA DERECHA (2009)

CONTACTO:

RODRIGO@GARCIA-PINOCHET.CL

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

Pamela

mod

Proyecto General

DESTINO

Edición Especial
Elecciones 2009

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

Tras 23 años desde el atentado en contra del General Pinochet, el nieto que lo acompañaba expone su historia junto con sus ideas futuras que lo llevan a ser una alternativa al parlamento Chileno.

RODRIGO GARCÍA PINOCHET

PRÓLOGO

El libro que sigue es un valioso testimonio histórico. Desde sus primeras líneas se advierte que el autor no desea erigirse en protagonista, sino en testigo de los hechos. El resultado, por cercano que sea el vínculo de aquél con su abuelo y personaje central, el ex Presidente Pinochet, no presenta una apología ni un relato autobiográfico, sino una mesurada y desapasionada relación de situaciones históricas importantes.

Pues Rodrigo García Pinochet estuvo junto a su abuelo en dos circunstancias cruciales en la vida de éste: el atentado que sufrió en 1986 y su detención en Londres entre 1998 Y 2000. Ambas, habiendo afectado a un personaje trascendente de la historia de Chile, no sólo despertaron el interés general cuando acontecieron, sino que, tarde o temprano, quedarán bajo el examen minucioso de los historiadores. Esta obra facilitará grandemente su tarea.

Uno generalmente, y aunque no se lo proponga —e incluso cuando desearía evitarlo— retrata su personalidad en sus escritos. La que trasunta de este libro está dotada de un temperamento riguroso en la observación y con vocación de entregar un testimonio veraz. Por eso, probablemente, el relato se mantiene alejado de constituirse en una apología del ex Presidente y senador vitalicio, aunque, naturalmente, resultan inculcables la admiración del autor por el personaje protagónico y la estrecha relación que los ha unido a ambos, y que justamente ha hecho posible contar con esta versión directa de las situaciones que en su momento ocuparon la atención chilena y mundial.

La prosa directa, la objetividad del relato y la medida de las expresiones convierten a este libro en un aporte valioso a la historiografía nacional y al conocimiento de la verdad histórica, en relación a. un período muy controvertido de nuestra historia patria.

*Hermógenes Pérez de Arce I.
Septiembre (2001)*

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

*“En memoria de todos los caídos
el siete de septiembre de 1986”*

“A mi querido abuelo”

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO 1

COMIENZO

Habíamos llegado a Valparaíso. El corto viaje de no más de dos horas se había transformado en una tensa espera de lo que pudiese pasar. El nerviosismo se había incrementado desde nuestra salida; sin embargo, permanecíamos todos en silencio dentro del automóvil. Por cada kilómetro que avanzábamos hacia la costa debíamos ir sintonizando una nueva estación de radio para saber qué ocurría en las inmediaciones del Congreso Nacional. No era difícil, ya que toda la prensa nacional y numerosos medios extranjeros cubrían la noticia. Los relatos de los conductores y periodistas apostados en el lugar nos iban informando minuto a minuto de la situación. Las transmisiones habían comenzado desde temprano por la mañana. Todos los canales de televisión dispusieron de equipos periodísticos en los alrededores del Congreso Nacional.

Fue durante aquella misma mañana que decidimos partir rumbo a la costa junto con mi hermano Francisco. La tensión era esperable y fue nuestro propio abuelo el que nos había sugerido que no fuese nadie de la familia, tal como lo había pedido para el cambio de mando de 1990. Pero ahora era distinto, sabíamos de las manifestaciones organizadas por el Partido Comunista en las afueras del Congreso, como también del confrontacional ambiente que se viviría dentro de la sala del Senado, y sentimos el deber de estar allí, apoyándolo, aun cuando él estaba dispuesto a enfrentar todo aquello.

Pocas veces había ido a Valparaíso. Sólo la curiosidad de conocer la ciudad que vio nacer a mi abuelo un 25 de noviembre de 1915 habría sido mi motivo principal para

visitarla. Recorrer aquel barrio del Almendral y sus cerros, así como sentir en el lugar original las anécdotas e historias que solía narrar mi abuelo durante los almuerzos familiares, hacían mayor aún mi curiosidad por conocer aquel puerto, más aún cuando su historia era a la vez la historia de uno de los hombres más importantes en Chile durante el siglo XX.

Los cuentos acerca de su infancia tomaban forma en esos lugares, encajando en mi imaginación los hechos relatados. Saber de los Padres Franceses, su colegio, y ver aquellos antiguos tranvías, se mezclaban con el recuerdo de su madre, a quien sólo conocí de niño, junto con la imagen de un bisabuelo que destacaba por el respeto que mi abuelo le tenía a su padre fallecido tan joven. El 11 de marzo de 1998 hacía ya poco más de 82 años que mi abuelo había nacido en aquel mismo puerto. Ese día juraba como senador vitalicio Augusto Pinochet Ugarte, nombre que no le es ajeno prácticamente a ningún chileno que haya vivido los últimos 15 años de la historia de Chile. Y, con seguridad, tampoco a aquellos que han sido testigos de los hechos que marcaron a Chile los últimos 30 años del siglo XX. Asumiría el rol de senador de la República que la Carta Fundamental establecía, cumpliendo así una vez más lo estipulado en ella.

En ese día un connotado hecho marcaba el inicio de una nueva etapa en nuestra historia, y nadie, con seguridad, en ese momento, se atrevía a vaticinar los acontecimientos futuros. El país había pasado los últimos meses bajo un permanente ambiente de polarización entre aquellos que apoyaban la idea de que mi abuelo asumiera como senador y quienes por nada aceptaban que eso ocurriese. Incluso la juventud, siendo en parte el reflejo de sus padres, se enfrentaba con argumentos adquiridos y no vividos, en discusiones acerca del asunto.

Albergando a un Congreso Pleno, Valparaíso sería el escenario del juramento de la nueva conformación de la cámara alta. Era la primera vez que yo visitaba el Congreso Nacional. La ciudad se notaba convulsionada. Por las calles se apreciaban

las alteraciones en el normal vivir de la gente. Cortes de tráfico y gran cantidad de carabineros formaban parte de la atmósfera, que se mezclaba con el característico aroma marino del puerto.

El conductor supo escoger el camino adecuado para evadir a los manifestantes, pero no así sus consignas y gritos, que se podían escuchar a lo lejos. Temprano por la mañana, numerosas personas se habían apostado en las afueras del Congreso, en respuesta al llamado del Partido Comunista para que se manifestaran en contra de que mi abuelo jurase como senador. Sus protestas fueron poco a poco tornándose violentas, actitud que ya todo Chile estaba habituado a ver en ese partido y que se había convertido en costumbre. Bombas molotov y proyectiles de toda clase se dejaban caer sobre los carabineros y periodistas que allí se encontraban. El vandalismo se hacía presente. Pequeños grupos destruían propiedad pública y privada, ante la mirada de los medios de comunicación de todo el mundo.

Fue así como, escogiendo el camino adecuado para no toparnos con grupos de exaltados, pudimos llegar hasta una entrada posterior del edificio. Allí se apreciaban los vestigios de las protestas: restos de quemas y panfletos con el extinto símbolo de la unión soviética. La hoz y el martillo alfombraban el pavimento, mientras un dejo de aroma ácido de las últimas lacrimógenas arrojadas por carabineros enrojecía los ojos e irritaba la garganta. La policía había despejado hacía solo minutos el sector, por lo que aprovechamos para ingresar al recinto sin mayores problemas. Me resulta imposible no recordar las imágenes que Canal 13 transmitía desde allí, cuando su periodista Emilio Sutherland fue golpeado por una piedra en la cabeza, y a pesar de ello hacía el imposible intento de hilar sus ideas para continuar su despacho en directo.

Estábamos casi en la hora, algo atrasados pero sabíamos que no sería posible la puntualidad en momentos así. Al entrar al salón la tensión era palpable, el ruido de los gritos

desenfrenados arremetía de golpe contra nosotros, creando una confusión para quien recién ingresaba. Luego de unos minutos se podía distinguir el significado de los alaridos, unos a favor y otros en contra. Cada grupo impulsaba al otro a vociferar gritos más fuertes, de volumen y tono. Una ancha puerta fue la que nos condujo a la tribuna ubicada en el segundo piso del salón de los senadores. Sillas situadas de manera escalonada miraban hacia el estrado principal de la Cámara Alta, donde una larga mesa acomodaba al presidente del Senado y al resto de la directiva. Desde la tribuna no era posible ver dónde estaba mi abuelo, ya que parte del salón quedaba justo debajo de la tribuna. La gente se aglomeraba en las orillas de la tribuna para tener así una mejor visión de lo que sucedía en el salón. Los gritos eran de cuando en cuando aplacados por el llamado al orden del presidente del Senado, senador Sergio Romero, evidenciando en su rostro la angustiosa situación que se vivía. Su voz, que estaba a punto de asemejarse a los gritos de la tribuna, llamaba al silencio, a lo cual se hacía caso omiso.

Los gritos se apaciguaban por momentos, hasta que alguno de uno u otro lado interrumpía el silencio gritando alguna consigna, la cual desataba una explosión de réplicas incomprensibles, que a su vez generaban otras de mayor magnitud. Fue en uno de los momentos de calma cuando, entre el centenar de personas, se escuchó el grito de un joven que insultaba a mi abuelo. A esas alturas la tensión se había apoderado de cada persona en el salón y pensé en que todo podía terminar en agresiones físicas frente a los ojos de centenares de medios extranjeros, que transmitían en directo el juramento de los senadores. Si de algo estaba seguro en esos momentos, era que Chile no merecía dar un espectáculo así. Mi hermano, ofuscado por el agravio a nuestro abuelo, aprovechó la cercanía del joven y partió hacia donde estaba. Intercambiaron miradas hostiles, como también algunas palabras, mientras otra persona, seguramente un amigo del agresor, se situaba detrás con actitud amenazante. Las miradas

anticipaban el conflicto. Le pedí a mi hermano que tratara de calmarse, aún cuando sentía lo mismo que él. Le dije que no debíamos ser nosotros quienes iniciáramos algo que sólo perjudicaría al abuelo. Creo que el respiro lo calmó. Además, él no quería perjudicar a su abuelo.

La persona que había gritado no era anónima para mí: era un hijo de un miembro del desaparecido grupo MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionario, el cual había nacido como movimiento político para luego transformarse en un grupo extremista.

Allí estábamos, una generación de jóvenes que no vivió aquellos hechos por los que nos enfrentábamos, dos caras de una misma moneda acuñada en otra época. Formábamos el reflejo de lo que estaba viviendo Chile en esos días y que tendía a ser permanente. Quizás nuestras rivalidades podían sustentarse en legítimos sentimientos personales, pero la gran mayoría de Chile no es parte de ellos, por lo que el conflicto carece de sustento, alimentándose de la irracionalidad de algunas personas y haciendo imposible una sana convivencia. Es aquí donde recuerdo hasta el día de hoy la exclamación, que no me ha abandonado, pues mantiene aún su sentido: “¿Hasta cuándo seguirá esto?”.

La situación continuó tensándose. La aparición de senadores socialistas y demócratacristianos con pancartas, mostrando fotografías de detenidos desaparecidos colgando de sus cuellos, llevó al punto de ebullición la ceremonia.

Los manotazos entre diputados, a la entrada del salón, anticipaban el desalojo de la tribuna. Sin embargo, la rápida acción del senador Romero, al aprovechar tan sólo un instante de leve calma y así tomar juramento a los senadores en conjunto, permitió el final de la ceremonia. Por fin habíamos salido de todo aquello. El cuerpo resentía la tensión y la calma no me volvió hasta el día siguiente.

Habían pasado dos días seguidos que recordaré de manera especial durante toda mi vida. Había vivido sentimientos y emociones tan fuertes en tan corto tiempo. El 10 de marzo de 1998, el día anterior al juramento de los senadores, mi abuelo entregaba la Comandancia en Jefe del Ejército tras 25 años de completa dedicación. En sus últimas palabras como militar activo expresó todo el sentimiento de un soldado que ama a su Patria y su Ejército, siendo sus lágrimas testimonio de ello. Mucho se había especulado acerca de si realmente dejaría el Ejército. Sin embargo yo lo conocía, y sabía que otra cosa era imposible. Mi abuelo, como siempre lo había demostrado, se sometería a su Patria, ya que era la misma Constitución la que establecía los plazos y determinaba cómo se debían ir desarrollando los hechos.

El imponente escenario que presentaban los distintos escuadrones de soldados sobre el patio de la Escuela Militar en perfecta formación, el alto rango de los invitados que asistirían a la ceremonia, entre ellos Comandantes en Jefe de otros países, y el hecho de que sería presidida por el mismo Presidente de la República, llenaban de formalidad y prestancia los alrededores del recinto. La tribuna oficial estaba repleta de distinguidas personas: senadores, diputados, ministros a quienes pude reconocer entre los asistentes. La expectación periodística era enorme, y los medios de comunicación nacionales y extranjeros se ubicaban a un costado de la tribuna oficial, repletando el espacio asignado para ellos. Sus cámaras mantenían un constante enfoque a distintas personas de importancia, para captar alguna imagen exclusiva, como también impresiones de los mismos personajes acerca del hecho que estaba por acontecer.

La formación de los batallones, con sus flamantes uniformes distintivos, indicaban que aquel desfile no era ordinario. Los diferentes colores de cada escuela se

combinaban con los edificios ubicados en la avenida Américo Vespucio. Al fijar mi mirada en sus techos podía distinguir a uniformados apostados en las azoteas resguardando la seguridad. Me preguntaba si se encontraría alguien conocido en aquellos edificios.

Como ya me era habitual, sabía acerca del despliegue de seguridad que se desarrollaba para aquel tipo de actos. Personal de seguridad era establecido en todos los alrededores de la Escuela Militar, por lo que no me extrañaba ver alguna cara conocida entre comunes peatones que transitaban por los lugares aledaños o sentados en algún banco de un parque cercano. Eran tantos los años vividos cerca de ellos que identificarlos en la calle era prácticamente natural. Sabía que serían los últimos días con ellos. Tantos años juntos habían estrechado una relación de amistad. Muchos me habían visto crecer, como yo a ellos envejecer. Toda mi vida había vivido bajo sus miradas. Al parecer era la hora de una despedida anunciada.

Todo aquel ambiente hacía de los recuerdos algo inevitable, como muchos decían. Se estaba poniendo fin a una etapa en la historia de Chile, como también iniciándose otra totalmente incierta. Este cambio, tan abstracto para algunos, era muy palpable para mí, así como era esperado. Pensar en el fin del constante acecho y persecución que habíamos vivido desde la entrega del mando en 1990, por parte de ciertos grupos políticos, y que se había manifestado en meses recientes hasta en una acusación constitucional, puede entenderse como algo totalmente ingenuo después de los hechos posteriores. Pero, sin embargo, en ese momento lo mantenía como ilusión.

El retumbar de los tambores anunciaba el inicio del último desfile que yo miraría desde la tribuna oficial. El manto de acordes de los clarinetes y flautas cubrió el aire junto al coordinado movimiento de las tropas, que marchaban y se reordenaban al compás de la banda y sus tambores. El paso de

los soldados con sus botas hacía estremecer la planicie de asfalto, produciendo un perfecto acompañamiento a “Los Viejos Estandartes” que la banda ya comenzaba a entonar. A medida que desfilaban al frente nuestro, los recuerdos de vivencias con mi abuelo como Comandante en Jefe parecían brotar en mi memoria. Pensé en todo el tiempo que él había dedicado a su carrera, el amor hacia ella y su vocación por seguirla. A sus 83 años era el momento de estar con nosotros.

Habían pasado los ocho años que la Constitución establecía como plazo para que mi abuelo continuara como Comandante en Jefe del Ejército, luego de la entrega de la Presidencia de la República en marzo de 1990. Los últimos años de la década de los ochenta estuvieron marcados por el plebiscito y las siguientes elecciones. Mis recuerdos de aquellos años acerca de la realidad política y hoy histórica de nuestro país, deben estar más marcados que para cualquier otro niño de trece años que vivió el 5 de octubre de 1988, ya que inevitablemente era partícipe indirecto de los hechos de aquellos años. El período anterior al plebiscito siempre lo he recordado con un extraño sentimiento de incertidumbre. El ambiente que nos rodeaba era una mezcla de irracional optimismo por parte de algunos personeros, con una aparente objetividad de algunas personas cuya opinión se limitaba a no ser emitida. Y aquellos pesimistas, siendo unos pocos, lograban contrapesar sin mayores argumentos al primer grupo. Si bien para mí el triunfo del SI era una realidad, las opiniones de ciertas personas me hacían dudar acerca de cómo se desarrollaría todo.

Fue a uno de los escoltas que me cuidaban desde 1986, a quien le pregunté en forma seria, luego de ver la enorme concentración de gente que había logrado el llamado de la oposición.

—¿Viste la concentración del NO?— le pregunté un lunes por la mañana, mientras me encaminaba en dirección al colegio.

—Bastante gente la que había— dijo cuando una luz roja le hacía presionar el freno, mientras su compañero miraba con atención los alrededores del cruce, cual reflejo de sus años de servicio

Llevaban ya casi dos años cuidándome, o trabajando conmigo, como ellos le llamaban. Me cuidaban todos los días, desde el atentado de 1986, y para mí eran ya parte de mi vida, como amigos.

—¿Creen que realmente ganemos el plebiscito?— pregunté, esperando la reiterada afirmación que escuchaba entre los círculos que rodeaban a mi familia.

Luego de un leve silencio, que ya me anticipaba una respuesta distinta a la esperada, el conductor del Subaru azul me dijo:

—No sé Rodrigo, yo realmente creo que no vamos a ganar—. Un silencio siguió a sus palabras, mientras su compañero lo miraba un tanto sorprendido. Queriendo suavizar la respuesta, que a él mismo le extrañaba, acotó un “sí, sí vamos a ganar”. Más que decirlo convencido, lo hacía para romper una sutil resignación que se mezclaba con el sueño de la mañana, el cual nos acompañó hasta el fin de nuestro recorrido.

A ambos los conocí meses después de septiembre de 1986. Una disposición ordenaba la necesidad de que me asignaran seguridad personal. Conductor y escolta portaban armamento automático. Conocía de memoria sus armas: una pistola Beretta automática de calibre 9 milímetros y una subametralladora estaban a cargo de Martínez; otra pistola automática, que solía poner entre la puerta y su asiento, era de responsabilidad de Veas. Era la primera vez que ambos trabajaban juntos, como también la primera en que se disponía seguridad para un nieto

del Presidente de la República. El vivir día a día con ellos creaba una relación cercana, aun cuando, dada la diferencia de edades, yo podría haber sido hijo de cualquiera de ellos. El diario vivir, con sus días buenos, otros malos, o los problemas personales, se mezclaban con su trabajo. Compartir las horas del día, más de la mitad, me llevó inevitablemente a conocerlos y estimarlos. Apreciaba su trabajo, porque había vivido en carne propia lo que se jugaban; y era eso lo que me hacía respetarlos y admirarlos. Sabía que en el momento de protegerme eran sus vidas las que caerían primero. El miedo de pensarlo evitaba que lo meditara muchas veces.

Si bien para muchos de mis amigos de aquella época, como igualmente ya de mayor, les era inexplicable cómo podía vivir sin mayores problemas bajo la mirada permanente de los escoltas, mi privacidad y la libertad de poder salir solo a la calle se veían alteradas. El simple hecho de no contarle a nadie lo que realizaría durante el día me era imposible. Siempre tuvimos una relación cercana. Sabía que si trataba de hacer mi vida normal, evadiendo a los escoltas, sólo dificultaba su labor. El respeto hacia ella era lo que siempre me hizo facilitarles en lo posible su trabajo. Por lo demás, era mi propia seguridad la que estaba en juego. Tempranamente había experimentado en carne propia la veracidad de ello.

Durante los días previos al plebiscito del 5 de octubre de 1988 la seguridad se intensificó, y mis escoltas ya no solo compartían el día conmigo, sino que también la noche. Aun cuando yo pensaba que ya se habían retirado a sus hogares, ellos continuaban cuidándome.

El ambiente estaba enrarecido. Cada día que pasaba y a medida que se acercaba el 5 de octubre, el pesimismo de algunas personas de la oposición también se hacía sentir. Muchos pensaban que el plebiscito era solamente una fachada para legitimar la continuación del gobierno militar, por lo que —creían— no importando el resultado que se obtuviera, jamás

se entregaría el poder. Creo hoy en día que muchos de los que planteaban su irracional optimismo, confiados en el triunfo del Sí, se basaban en una impresión similar a ciertos opositores. Sin embargo, el poder se entregó y la Constitución se seguiría respetando.

El término de la melodiosa música de la banda anunciando el fin del desfile, gatilló el despliegue de toda la seguridad de las distintas autoridades que allí se encontraban. Era el telón que ponía fin a una época, y que se levantaría al día siguiente, 11 de marzo, en Valparaíso, con el juramento de los senadores. Junto con el fin de esta etapa, sabía que dejaría atrás a aquellos con los que había compartido gran parte de mi vida. Ya no estarían detrás de mí para cuidarme, pero no era eso lo que extrañaría, sino a ellos.

Mientras buscaba a los escoltas para que me fueran a dejar por última vez a mi casa, entre el ir y venir de personas, cuyos rostros a veces reconocía por tratarse de autoridades, no me pude percatar de aquel gesto que tuvo el Comandante en Jefe del Ejército del Perú para con mi abuelo una vez terminada la ceremonia. En ésta, el símbolo de mando representado por un pequeño bastón recto, es traspasado al nuevo Comandante en Jefe. Cuando mi abuelo se retiraba ya hacia los autos, antes de llegar y entre la multitud de gente que se abalanzaba sobre él, el Comandante en Jefe peruano logró acercarse y entregarle un bastón de mando, no sin antes decirle que no debía andar sin aquel simbólico elemento. Era un gesto hacia aquel que había dejado de ser el militar más antiguo de toda América.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO II

CEREMONIA DEL 07.09.98

Sabía que era necesario salir temprano de casa. La lluvia sobre Santiago no cesaba y la posible congestión del tráfico, producto de calles inundadas, incrementaba mi incertidumbre sobre el tiempo que me tomaría en llegar. “Es sólo una vez al año y representa mucho para mí”, me dije, “como para llegar tarde debido a las lluvias”. El frío de la mañana no era el de costumbre para aquella época del año, comienzos de septiembre. Había sido un invierno bastante lluvioso y de bajas temperaturas, vaticinando unas Fiestas Patrias bajo eventuales aguaceros. Desde el primer día de ese mes, siempre comienzan a dar vueltas los recuerdos dentro de mi cabeza. Septiembre, al parecer, siempre tendrá un simbolismo especial para los chilenos. Es el resultado de elegir aquel mes, en forma premeditada o involuntaria, para que hechos y sucesos que marcan la historia de nuestro país se lleven a cabo. Sin embargo, aquel año sería el último en que el once de septiembre se conmemoraría de manera oficial. Y ya no sería feriado a partir de 1999. Aquello era el resultado de un acuerdo logrado junto a senadores de la Concertación, oposición, y el hasta aquel entonces único senador vitalicio, mi abuelo. Extensas negociaciones, rígidas posturas, que poco a poco fueron cediendo, y la colaboración del propio presidente de la Cámara Alta, senador Andrés Zaldívar, dieron como fruto la creación de un día en conmemoración a la unidad de los chilenos, con la intención de dejar de lado la permanente división en que inexplicablemente nos estábamos sumergiendo. Era el primer paso real que se daba para resolver rivalidades que parecían irreconciliables. Para mí, un verdadero paso a la

reconciliación, aun cuando hubiese parecido utópico. No se interponían intereses demagógicos ni partidistas, sino sólo el verdadero sentir de la política en busca del bienestar de la nación. La imagen de mi abuelo sentado junto a Andrés Zaldívar en la testera del senado era algo inimaginable para algunos, sin embargo la realidad fue apaciguando los sentimientos encontrados. Todo parecía indicar que por fin el clima interno se estabilizaría y los constantes enfrentamientos que nos dividían darían paso a consensos en pro de la unidad de los chilenos. El día de la unidad nacional se celebraría el primer lunes de septiembre de cada año, inevitablemente dentro de unos años más caería un día 7, para poder conmemorar un hecho de dolor y muerte justo un día cuyo génesis se basa en el sentido de unidad hacia aquellos que fueron gestores del dolor. Me costaba pensarlo, incluso no me explicaba el por qué del actuar de mi abuelo en convenir esa fecha. Sin embargo, luego de meditarlo más de una vez, le encontré la razón. Estaba mirando sólo mi dolor, siendo intransigente con mis sentimientos, poniéndolos por sobre todo el país. El poder unir ambas fechas consistía el auténtico sentido de unidad que engrandecería a Chile. Era este sentimiento el que mi abuelo expresó a través de un comunicado difundido por los medios de prensa el día siguiente a la derogación del 11 de septiembre como feriado nacional. En el expresaba: “el día 11 de septiembre se declaró feriado nacional para celebrar la liberación de Chile del peligro totalitario y del odio entre los chilenos....”, “la razón de ser de tal festividad tiene un valor permanente, y siempre los chilenos orgullosos de su nacionalidad le han llevado y conservarán en sus corazones y conmemoraciones”. El empate de los votos en la cámara alta sólo evidenciaba la división en cuanto al tema, por ello fue que en dicho comunicado mi abuelo también manifestó, que mediante la celebración de un día por la unidad nacional se hacía un aporte a la paz entre los chilenos, ya que un clima confrontacional solamente “entroncaba en su esencia

con el propósito determinante de la gesta del 11 de septiembre de 1973, cual fue el de restaurar la convivencia en nuestra Patria.”

El tiempo corría, ya habían pasado doce años. La oscura mañana resaltaba la amargura del día y el reloj me indicaba que ya era hora de partir. El trayecto hasta la Cuesta de Achupallas por lo general es de treinta a cuarenta minutos y ya eran las nueve cuarenta y cinco. Durante el viaje, y como siempre ocurría, la memoria empezaba a refrescarse con los recuerdos de los hechos pasados; el camino era tan distinto al de aquel entonces, las anchas vías de avenida La Florida, con menos semáforos que antes, acortaba el tiempo que tomaba llegar hasta la parcela de El Melocotón. Rotondas que ya no existían y grandes hipermercados en las orillas de la avenida hacían que el ambiente de la zona, con sus dejos rústicos campestres, hubiese cambiado por completo. Ya Puente Alto se anexaba completamente a Santiago, y sólo a partir de Las Vizcachas el entorno natural de antaño volvía a asemejarse al de los años pasados, siendo la puerta de entrada natural para tan bello Cajón, cuyo nombre debe al río que baja desde Los Andes. El paso por el retén de Las Vizcachas también me anunciaba que pronto llegaría a la ceremonia. Miré mi reloj: diez y treinta. Estaba a tiempo, la invitación a la conmemoración del atentado de 1986 era para las once de la mañana. Carabineros desviaba a los vehículos que transitaban hacia el este, por un pequeño camino anexo utilizado por camiones que recogen arena desde las orillas del río Maipo. En los alrededores se veían uniformados resguardando la seguridad del sector, para evitar otra tragedia en el mismo lugar. Gran cantidad de personas asisten cada año a la ceremonia: familiares de los caídos, amigos y colegas se reúnen a recordar a los asesinados aquella tarde del 86, además de las diferentes delegaciones que mandan las instituciones a

las cuales pertenecían los 5 uniformados que allí fueron muertos.

Cada vez que caminaba desde el auto hasta donde se ubica el punto en donde se realiza cada año la ceremonia, miraba los alrededores del lugar, y me percataba de que el camino estaba ya algo cambiado. No era la estrecha carretera de aquellos años. Sin embargo, al mirar hacia los faldeos del cerro recordaba e imaginaba las posiciones en que debieron haber estado los extremistas la tarde del siete de septiembre. Todos allí, agazapados a la espera de que llegásemos, con sus fusiles listos para disparar y el dedo índice presionando levemente el gatillo de los M-16. Habían aprovechado lo frondoso de la ladera para no ser vistos. Escondidos entre los matorrales y árboles poseían una perfecta visión de su blanco. Yo, entre el frío y la amargura de los recuerdos, apreté mi cuerpo y agachando la cabeza apuré el paso hacia el asiento que se me había asignado para la ceremonia. El vapor que brotaba de mi respiración, producto de la baja temperatura, aumentaba a mi alrededor, evidenciando cómo se aceleraba mi pulso. Al pasar entre las personas que estaban allí iba reconociendo rostros de antaño, como también ellos me recordaban.

Un pequeño toldo blanco resguardaba la tribuna oficial. Esta se instala enfrente de las 5 lápidas recordatorias de piedra laja, con los cinco nombres tallados en su superficie. Una y otra vez las iba leyendo, mientras la imagen de sus rostros aparecía en mi memoria.

Cabo 1° Miguel Ángel Guerrero Guzmán.

Cabo 2° Roberto Segundo Rosales Martínez.

Cabo 2° Cardenio Renato Hernández Cubillos

Cabo 1° Gerardo del Carmen Rebolledo Cisternas.

Cabo 2° de Carabineros Pablo Silva Pizarro

El sitio exacto del ataque había sido un par de metros hacia el este, bajando la cuesta. Las mejoras en el camino y en sus bermas, así como el pasar de los años, hace que me cueste un poco identificar el lugar exacto en donde estaba el auto en el momento en que había quedado a merced de los M-16. Aguzando la vista lo encontré de golpe....

El sonido de las sirenas y el movimiento de personas como de cámaras fotográficas desvió mi atención. El Comandante en Jefe del Ejército, general Ricardo Izurieta, llegaba justo después de que mi abuelo lo hiciera. La ceremonia estaba por comenzar.

El frío era intenso, aun cuando había tomado la precaución de llevar un buen abrigo, ya que sabía lo traicionero del clima en ese lugar. El nevazón me tomaba totalmente por sorpresa. Era septiembre de 1998, y no sé si fue lo emotivo de la Misa y el acto en sí, a pesar de ser similar a los realizados en los años anteriores, o la escena de los grandes copos de nieve que comenzaron a caer en forma espesa, dejando un velo blanco por el cual miraba la orilla norte del río Maipo, lo que grabó en mi memoria con un especial sentimiento aquella ceremonia en conmemoración del atentado de 1986. La expresión de dolor de las familias de las víctimas cada año me impresionaba. Sin embargo, el frío de aquel día realzaba la expresión de los rostros, empalideciendo las mejillas y amohinando las miradas. A medida que se realizaba el acto, iban surgiendo, como cada vez, los recuerdos, sonidos e imágenes que se esconden muy adentro de mi mente, pero que afloraban como si hubiesen sido guardados el día de ayer, reconstruyéndose cada momento vivido como si el pasar de los años hubiese sido de sólo minutos de mi vida. La historia pasaba como un haz de luz a través de mi memoria.

CAPITULO III

EL DÍA QUE DEBIÓ SER

El último fin de semana de agosto de 1986 quise acompañar a mis abuelos al Cajón del Maipo, tal como lo había hecho el fin de semana anterior. Si bien estaba solo con ellos, ya estaba tomando confianza en el manejo de la pequeña tricimoto Honda que había en la parcela, con la cual me entretenía recorriendo el terreno y conversando con los guardias y comandos, que se encontraban simétricamente esparcidos en puestos de vigilancia, los cuales yo ya conocía de memoria. Fuera de la entretención que significaba conducir aquella máquina, la estadía en la parcela me resultaba de especial interés, por encontrarme solo junto a mis abuelos. Podía departir con ellos durante bastante tiempo, situación prácticamente imposible en circunstancias normales. Las reuniones de trabajo y compromisos oficiales, hacían imposible en la semana, como en la gran mayoría de los fines de semana, estar largo tiempo con ellos sin que tuviesen que estar pendientes del trabajo. Incluso las temporadas de verano, en donde mi abuelo tomaba vacaciones y junto a gran parte de la familia pasábamos un mes en la casa de Bucalemu, casa de veraneo asignada al Comandante en Jefe del Ejército, ubicada en la V Región, eran interrumpidas por compromisos imprevistos.

Era en aquellos momentos cuando una extraña dualidad entre el Presidente de la República y mi abuelo convergían en uno. De pequeño, la imagen de mi abuelo se había dividido entre aquella persona que aparecía en los diarios y televisión, dando discursos y desprendiendo el respeto que la autoridad genera, y aquella cariñosa persona que él era para mí. Poco a

poco los años fueron desvaneciendo la distancia entre aquellas dos percepciones.

Además de mis abuelos, ese fin de semana contaríamos con la compañía de la madre de mi abuela, doña Lucía Rodríguez, llamada entre los bisnietos como “la masmami”, apodo que sólo denotaba la autoridad de madre sobre mi abuela, llamada entre los nietos simplemente como “la mami”. De mis bisabuelos maternos, ella fue la única con la cual pude compartir y a la cual pude conocer lo suficiente como para tener varios recuerdos. De carácter alegre y siempre activa, solía malcriarnos regalándonos pequeñas bolsas con golosinas de toda clase y sabores dulces, que ella también gustaba probar.

Su marido, Osvaldo Hiriart, había destacado por su carrera política, siendo Ministro del Interior durante el gobierno del Presidente Juan Antonio Ríos y Senador de la República durante los años cuarenta. Sólo tengo leves recuerdos de él, de su fallecimiento a comienzos de la década de los ochenta solo quedaron unas cuantas imágenes recordatorias en mi memoria.

La rutina en la parcela era similar cada fin de semana; incluso la hora de salida de Santiago, como el regreso, se habían tornado rutinarios. Por las mañanas acompañaba a mi abuelo a caminar por los alrededores de la parcela, esta caminata por lo general era con la compañía de los oficiales de servicio, incluido el edecán, así como también del médico de turno. El ritmo era marcado por mi abuelo; el paso era marcial, con una perfecta coordinación de la marcha, alterándose sólo por la menor longitud de mis pasos y mi falta de hábito. La caminata era observada por comandos mimetizados en sus puestos de vigilancia. Al acercarnos a éstos, aparecían sin previo aviso presentándose con voz fuerte y firme ante mi abuelo. Nosotros hacíamos una leve pausa en la marcha, para luego reanudar el paso. La conversación durante el trayecto se basaba principalmente en la agenda de trabajo para la semana

siguiente. Era así como ministros, audiencias, o la misma convocatoria para el día 9 de septiembre eran temas que ya me resultaban familiares. Luego conversaban acerca de las familias, una que otra anécdota simpática, tema en donde yo prestaba mayor atención. Mi abuelo me incorporaba a la conversación con una que otra pregunta acerca de qué había hecho y cómo me había ido.

Durante la caminata mis ojos se fijaban en las enormes murallas de cerros que rodeaban al terreno por el sur y norte. Éstas se encuentran a tan corta distancia, en especial la del sur, que es posible ver a animales, mayoritariamente cabras, pastar en sus escabrosas pendientes. Pero mis ojos no buscaban animales, la idea de un ataque siempre se mantenía viva en mi mente, ya que aun cuando todos se comportaban con naturalidad, el escenario incrementaba y potenciaba la imaginación del niño de sólo 10 años que era yo en aquel entonces.

Luego de la caminata, mi abuelo se iba a su escritorio, lugar donde pasaba casi todo el fin de semana. Dentro de él era difícil caminar, pues cajas de libros y todo tipo de artículos dificultaban el movimiento e incluso la vista de dos grandes ventanales que miraban hacia el sur y el poniente. Una pequeña puerta conducía a parte del entretecho de la casa, la cual se había habilitado con estantería; y otra gran cantidad de libros y documentos se podían apreciar semejando un aparente orden. Siempre me gustó su escritorio: condecoraciones, documentos antiguos, libros de toda índole y hasta juguetes guardados para los nietos era posible encontrar entre las cajas dispersas alrededor de aquella singular habitación. Formaba parte de una atmósfera completamente distinta a la del resto de la casa. Ya al entrar uno podía percatarse del peculiar olor a tinta de un sinnúmero de libros agolpados en las estanterías que tapizaban los muros desde el techo hasta el suelo. El aroma, entre el de papel vetusto, polvo y encierro, se aferraba a las narices, a la

vez que el zumbido del silencio surgía lentamente con la permanencia en el lugar. Objetos recordatorios de todo tipo, que representaban las innumerables ceremonias que algún día debió presidir, se extendían entre los muebles y los textos, mezclándose de tal forma que se hacía difícil distinguirlos a simple vista. Cada vez que entraba, la sorpresa de encontrar algo nuevo me llenaba de curiosidad. Su costumbre de trabajar únicamente con una potente lámpara que enfocase sólo el área en que leía o escribía, generaba una leve luminosidad a su alrededor. Muchas veces yo entraba, y luego de haber estado un buen rato husmeando a media luz, se percataba de mi presencia al romper el silencio de aquella habitación con el chirrido de mis zapatillas al caminar. Verlo trabajar me parecía fascinante. Su extrema concentración lo hacía evadir su entorno, como si meramente estuviese solo en aquel silencioso lugar.

Había ocasiones en que podía entrar y salir de su escritorio sin que se percatara, o con un leve alto en su labor levantaba la mirada para sonreírme y seguir en lo suyo. Era este ambiente, así como las advertencias que me hacía cuando mi curiosidad bordeaba la imprudencia, lo que le otorgaba a aquella habitación una etiqueta solemne por sobre el resto de la casa. Era el escritorio del Tata.

Si quería verlo, sabía que era el lugar donde encontrarlo, siempre allí, leyendo o buscando algún documento, sentado en su escritorio empapelado de trabajo, escribiendo, leyendo o firmando documentos e incluso fotografías dedicadas a personas cuyos nombres yo no conocía. Su trabajo no cesaba, aun cuando escuchaba a mi madre y mi abuela decir lo difícil que había sido para él el trabajo durante plena crisis económica de comienzos de los ochenta. La estadía en la parcela no era más que un cambio de escenario para mitigar las preocupaciones, problemas y conflictos que se le presentaban, que si bien en aquella época yo no dimensionaba,

involucraban el bienestar de la nación, de todos nosotros, de Chile.

El almuerzo era servido generalmente alrededor de la una de la tarde, para luego tomar tal vez una pequeña siesta y volver al escritorio. Mi abuela solía recorrer el jardín observando, junto a su madre, qué tan fuertes y aguantadoras estaban algunas plantas que había cuidado con especial interés ese año, dadas las difíciles condiciones climáticas de aquella zona cordillerana. Las noches eran frías, sin importar la época del año, y las nevazones del último invierno aun se evidenciaban en los almendros y plantas en general.

Sábados y domingos eran similares, salvo que este último era el día de regreso. Pasadas las seis de la tarde ya era hora de volver a Santiago. La columna era llamada y en forma prácticamente automatizada el movimiento de personas se sincronizaba, y en sólo minutos los dos Mercedes azules estaban en la puerta de la casa, esperando a que iniciáramos nuestro retorno. La seguridad comenzaba a desplegarse mientras el grupo de adelantada ya iniciaba su rumbo a Santiago para chequear la ruta. Los sistemas de radio y comunicación entre los distintos equipos de seguridad se saturaban por el incremento de los llamados, y con la complicidad de la zona geográfica en donde se encuentra El Melocotón, la cual dificultaba las comunicaciones radiales.

Pocos minutos después de salir de la casa pasaríamos por el pueblo de San José de Maipo y, antes de una hora, con la ayuda de las motos de carabineros, llegaríamos a la casa de Presidente Errázuriz. Con este proceso terminaba la rutina iniciada el día viernes, rutina que ya estaba estudiada y analizada con extremo detalle por el FPMR, y que finalizaría aquel domingo 31 de agosto de 1986. La planificación de la futura ejecución del ataque se había llevado a cabo con meses de anticipación. Incluso el mismo modo en que se atentaría

contra la columna presidencial había sido modificado. Todo estaba dispuesto para que aquel domingo 31, el grupo extremista conformado por 25 personas, llevara a cabo el sangriento asalto. Ya se encontraban apostados en una casa cercana a la Cuesta de Achupallas, junto con todo el armamento que utilizarían.

Al parecer era inevitable. El atentado sería aquel domingo y nada parecía indicar lo contrario. Sin embargo, aquella rutina no se daría ese fin de semana. En la tarde del día sábado 30 de agosto les comunicaron a mis abuelos la hospitalización del ex Presidente de la República, don Jorge Alessandri, en el Hospital Militar.

—Quizás el regreso a Santiago se adelante—, escuchaba decir a los mayordomos, tomando las precauciones necesarias para su eventual labor. Y así fue. La lamentable noticia del fallecimiento del ex Presidente adelantó el regreso de mi abuelo a Santiago aquella misma noche y el nuestro a primera hora del día domingo.

El destino había cambiado el rumbo de los hechos, y los extremistas del Frente se vieron sorprendidos ante el inesperado regreso de mi abuelo a la capital. Sin embargo, su objetivo era matarlo, por lo que prefirieron aplazar durante una semana su sanguinaria acción, a pesar del riesgo que ello implicaba.

Lo cierto es, que si aquel domingo hubiésemos regresado los cuatro a Santiago, mis abuelos, mi bisabuela y yo, la distribución de los autos, como también las personas que conformaban la seguridad presidencial, habría sido distinta. Nadie sabe cómo hubiesen sido los hechos de no haber cambiado el destino.

CAPITULO IV

HECHOS DEL TERRORISMO

Todos los titulares de los diarios del día lunes 1° de septiembre destacaban la trágica noticia del fallecimiento del ex mandatario. Mi conocimiento de aquel entonces acerca de la figura y obra del Presidente Alessandri era escaso, por no decir nulo. Fue en los momentos cuando se le informó a mi abuelo acerca de su hospitalización cuando supe al menos el sentimiento de mi abuelo hacia la persona y obra de don Jorge Alessandri. Un manto de tristeza cubrió la tarde de ese día sábado. Gran respeto le tenía mi abuelo al Presidente Alessandri.

Sin embargo, había otra noticia que ya destacaba, tanto en los medios escritos como audiovisuales, desde el mes de junio del mismo año, y no era ajena en ninguna conversación coyuntural. Era la del descubrimiento de enormes arsenales de armas desembarcados e internados desde una pequeña localidad costera nortina, conocida con el nombre de Carrizal Bajo. El desembarco se había llevado a cabo desde un barco cubano llamado "Astrid Sue". Una innumerable cantidad de fusiles M-16, de aquellos usados por los soldados norteamericanos durante la guerra de Vietnam; lanzacohetes Law, de alto poder destructivo, los cuales son capaces de generar temperaturas de hasta 1200 grados Celsius al momento de hacer detonación; y una gran cantidad y variedad de explosivos conformaban el hallazgo. Específicamente, 348 fusiles M-16, 315 cohetes, dos toneladas de explosivos, municiones, equipos de radio y elementos de navegación satelital, conformaban sólo parte del total del armamento internado.

El desembarco de armas se realizó en una pequeña caleta pesquera llamada “Corral” ubicada a 750 kilómetros al norte de la capital. Una vez en territorio nacional, el armamento fue distribuido en diferentes puntos del país, escondidos en minas abandonadas y diferentes barretines. Las armas y explosivos eran de fabricación Soviética, Norteamericana y Belga, embaladas cuidadosamente en bolsas de polietileno. El total del armamento incautado en todo el país se detalló de la siguiente manera:

<i>Fusiles, munición y ametralladoras.</i>	<i>Cantidad</i>
Fusiles M-16, calibre 5.56mm	3.115
Munición M-16	1.959.512
Fusiles Fal, calibre 7.62mm	320
Ametralladoras M-60	6
Munición ametralladoras	6.905
 <i>Lanzacohetes y cohetes</i>	
Lanzacohetes RPG-7V	114
Cohetes RPG	1.863
Lanzacohetes Low	167
Bombas de Mortero	9

Las armas encontradas en diferentes puntos del país representaban tan sólo un pequeño porcentaje de todo el ilegal armamento. Hasta hoy no se ha podido recuperar la totalidad de las armas. Es así como fuimos testigos de un nuevo descubrimiento durante el año 2000, un pequeño arsenal

escondido bajo tierra, conformado por fusiles M-16 y explosivos almacenados cuidadosamente para resistir el paso de los años, ubicado en la V Región del país. Sin embargo, no pasó de ser un hecho anecdótico entre las coyunturales noticias de nuestra realidad actual, muy distinta al enfoque socio-político de la década de los ochenta, tanto desde el punto de vista del país como del mundo.

La magnitud del primer hallazgo era tal que fue clasificado por un informe de los Estados Unidos como el mayor arsenal encontrado en Latinoamérica y se confirmaba la participación del gobierno cubano, tanto en el envío como en la provisión del armamento.

¿Cuál era el real objetivo de tal cantidad de armas? ¿Quiénes estaban detrás de una operación que requirió de una enorme cantidad de recursos, una detallada y prolongada planificación y una continua coordinación? Estas preguntas hasta el día de hoy no he podido oír responderlas en forma clara. Lo cierto era que, fuera cual fuese el objetivo, la finalidad era la misma: sangre. De todo el armamento ingresado al país, existía una pequeña porción que tuvo un claro propósito, el cual se realizaría dentro de una semana.

El proceso de investigación en el “caso Arsenales” no fue bien mirado por la oposición de la época. Se cuestionaba el perfil público de la investigación y la cobertura del caso en los medios de comunicación. Era así como en el diario Las Ultimas Noticias del día 5 de septiembre de 1986, se podía leer a Mario Papi criticando el manejo comunicacional que se le daba al caso de internación de armas, como también la convocatoria anunciada por el gobierno para el día 9 del mismo mes en apoyo a su labor. Planteaba que “no parece una idea feliz ni oportuna dada la actual situación, pudiendo provocar reacciones”. Esa misma semana y en el mismo medio escrito, Juan Hamilton expresaba la necesidad de un acuerdo nacional como “forma de superar las tensiones que afligen la convivencia, de superar tensiones entre chilenos y de atajar la

creciente violencia que amenaza con destruir la nación”. En otro diario nacional se podía leer al prestigioso abogado Raúl Rettig, más conocido, entre mi generación por la comisión que presidió, expresando en su columna del día 2 de septiembre su mas enérgico rechazo a la violencia como medio de manifestación o logro de objetivos. Específicamente escribió: “El terrorismo es una forma de lucha por algo, aun cuando hay otras formas como la disidencia serena, razonadora, pacífica y conciliadora; sin embargo, si se le silencia sólo queda la fuerza contra la fuerza. Del atentado contra la represión”. No creo que se encuentre justificación en sus palabras para un hecho de muerte que en sólo cinco días desde pronunciadas se llevaría a cabo.

El hecho de citar el pensamiento de aquel período de connotados políticos y profesionales, va más allá de querer enfatizar la voz contraria al gobierno, y por tanto un canal de expresión de la oposición, sino más bien, lo que es más importante de destacar y como se puede extraer, un reflejo común de la situación de nuestro país en aquellos días. Los niveles de violencia palpados eran extremadamente peligrosos para el país. La escalada de actos terroristas cometidos a lo largo de todo Chile incrementaba el número de víctimas inocentes. Una bomba puesta dentro de un liceo en la ciudad de Arica, un atentado con bombas al tren Valparaíso-Los Andes con 250 pasajeros, atentados incendiarios contra estaciones de gasolina, junto con carabineros baleados o quemados en protestas, conformaban el resultado del reciente llamado a la violencia hecho por los grupos extremistas en aquellos días. Esta situación y el daño que ejercía tanto a la convivencia ciudadana como al país como un todo, eran de pleno conocimiento por parte de la oposición como del gobierno, y de no cesar podría llegar a “destruir la nación”. Un ambiente de estas características, sumado al eventual poderío bélico con que contarían los grupos subversivos, incrementarían sin lugar a dudas las trágicas estadísticas del terrorismo en Chile:

- 43 miembros de las FF.AA y de Orden muertos entre 1983 y 1986.
- 1.729 atentados explosivos entre enero de 1985 y abril de 1986.
- 216 civiles muertos por atentados terroristas desde 1984.

Sin embargo, Chile no era solamente un país de enfrentamientos y violencia. La gran mayoría de la gente trabajaba y ansiaba una mejoría en la situación socio-económica de la nación, ya que aun existían vestigios de la crisis económica de comienzos de los ochenta. Era necesario crecer, y la gran mayoría, incluidos aquellos contrarios al régimen, no consideraban la violencia como medio legítimo para obtener cambios.

La semana transcurrió rápido para mí. La idea de volver al campo me entusiasmaba, junto con la pronta salida a vacaciones de Fiestas Patrias. Septiembre siempre era convulsionado. Los atentados explosivos a torres de alta tensión se intensificaban, por lo que se hacían más comunes de lo normal los apagones, los cuales a veces duraban horas. Y la celebración del Mes del Ejército, junto a la innumerable cantidad de actos oficiales, hacía casi imposible ver a mi abuelo después de la primera semana del mes. Por todo ello, sabía que ese fin de semana debía aprovecharlo para estar junto a él.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO V

VIERNES 5

Como ya se había hecho habitual los días viernes, el 5 de septiembre me disponía a acompañar a mis abuelos un fin de semana más a la parcela de El Melocotón. En la casa de Presidente Errázuriz ya se encontraba mi abuela junto a su madre, esperando el regreso desde Calera de Tango de mi abuelo, para así partir todos juntos rumbo al Cajón del Maipo. La espera se prolongaba, producto del atraso en el acto oficial que se realizaba en dicha localidad, donde se inauguraban un consultorio médico y una escuela rural. Durante la espera mi abuela me sugirió que invitara a algún amigo ese fin de semana, ya que nuevamente iríamos solamente nosotros cuatro. La idea me gustó bastante, por lo que no dudé en llamar a un amigo, un ex compañero de colegio de tercero básico, ya que justo en aquel año me había cambiado de colegio y no conocía lo suficiente a mis nuevos compañeros como para invitarlos a pasar el fin de semana. Él, muy entusiasmado, me dijo que debía esperar el regreso de su padre del trabajo para confirmar el permiso otorgado por su madre, por lo que era muy probable que fuéramos juntos. Como el atraso desde Calera de Tango se prolongaba, acordamos hablar después.

Los consejos y advertencias de cuidarnos, provenientes tanto de la familia como de los escoltas y de la seguridad en general, no pasaban inadvertidos para mí, menos aún cuando los titulares de los diarios de aquel día destacaban en una amplia fotografía los devastadores efectos de una bomba que había hecho explosión en el interior del metro de Santiago, específicamente en la estación San Pablo, resultando

lesionados funcionarios de la empresa. Sin embargo una de los hechos que más me asombraron ese día fue la noticia cuyos titulares destacaban: “Granada le Voló la Mano a Joven”. El hecho era que durante la tarde del día anterior, un joven extremista de alrededor de 20 años manipulaba una bomba casera, de propósito terrorista. Sin embargo, al momento de colocarla en el lugar establecido, el cual era una vía pública, ésta se detonó en forma inesperada, volándole una de sus manos. Además de impactarme la forma en la cual se relataba la historia (por lo demás, ya era costumbre leer en los diarios macabros relatos de carabineros baleados o quemados en medio de protestas estudiantiles o laborales), el hecho de que este joven hubiese estado dispuesto a dejar ese artefacto en la calle, para hacerle daño a cualquier persona que por casualidad pasase por aquel lugar, sin saber si pensaba de tal o cual manera o si era un niño o un anciano, y de que le hubiese explotado a él, me producía un sentimiento encontrado de justicia y pena. Reflexioné sobre la realidad de que, si estaba dispuesto de hacer aquello a cualquiera, ¿por qué no a nosotros?

Era este tipo de noticias el que me conectaba con una violenta realidad que para muchos sólo era de titulares de los diarios, pero para mí se manifestaba en temores escondidos sobre hechos que había olvidado que podían ocurrir, pero que siempre se encontraban allí. La violencia y el terrorismo eran una realidad. Incluso la permanente instigación, por medio de cobardes cartas anónimas con las más terribles amenazas, formaban parte de una constante incertidumbre acerca de nuestra seguridad. No se sabía el grado de veracidad de las intimidaciones. Sin embargo, mi madre solía no hablar de ellas, las cuales hasta hace pocos años hemos seguido recibiendo.

El movimiento de la guardia en la puerta lateral y en la principal, los mayordomos prestos en la entrada, junto al

sonido de las sirenas que se podía escuchar a lo lejos, anunciaban la pronta llegada de mi abuelo. Con seguridad entraría algunos minutos a la casa para preparar sus cosas y luego salir todos juntos. Ya comenzaba a atardecer.

La entrada de la casa se caracterizaba por tener un amplio recibo, adornado con una gran puerta de dos hojas cubiertas con láminas de cobre envejecido, que a mi corta edad parecían enormes y difíciles de abrir, como asimismo, de comprender el simbolismo de ellas.

Lo esperé, como de costumbre, en una de las esquinas del recibo, algo ajeno a todo el movimiento generado, y alejado de la entrada. El Mercedes enfiló hasta ubicarse delante de la puerta, y con la ayuda del desnivel creado por los escalones de piedra que había que subir para ingresar a la casa, pude ver justo la ventana del auto y la silueta de la cara de mi abuelo algo distorsionada por el blindaje de los vidrios. Una voz fuerte quebró la sincronización del movimiento de personas. Era el oficial de guardia de turno, quien informaba no haber ninguna novedad en su labor.

— Oficial de turno se presenta sin novedad mi general — dijo, tras el golpe seco de los talones de goma de sus botas militares.

Luego el edecán, junto a otros oficiales, se dirigieron a mi abuelo, informándole de cosas a las que yo no prestaba atención; y cuando ya me encontraba lo suficientemente cerca de él como para que se percatara de mi presencia, resolvió crear una pequeña pausa en aquel ambiente para agacharse y saludarme con un beso, que hasta hoy en día es usual entre los nietos y él. Me sorprendía, como siempre, que se diera el tiempo suficiente para prestarnos atención y saludarnos entre todo aquel tumulto de personas que se desplegaba a su alrededor.

— ¿Nos acompañarás de nuevo al campo? — me preguntó, como si estuviéramos solos en aquel gran salón. Le

respondí asintiendo con la cabeza y contándole acerca de la proposición de la mami para que fuera con un amigo.

Una leve sonrisa de aprobación me señalaba que estaba de acuerdo. Dio instrucciones para que la salida fuera en tres cuartos de hora más, tiempo con el que yo contaba para llamar a mi compañero Max, confirmar que me acompañaría a la parcela y hacer posible que llegara a la casa de Presidente Errázuriz.

Muchas veces he pensado en cómo hubiese sido todo si los padres de Max hubiesen aceptado dejar a su hijo acompañarme ese fin de semana, tal como lo habían hecho muchos otros. Lo cierto fue que, debido a la conducta de Max en el colegio durante esa semana, su padre no le dio el permiso, y por tanto iría una vez más solo a El Melocotón. Esto, aunque pueda parecer una mera anécdota, pudo afectar en forma radical el curso de los acontecimientos. La distribución de los pasajeros en la columna se habría alterado al regreso. Lo más probable habría sido que ambos hubiéramos vuelto en el Mercedes de alternativa, junto al doctor; o en otro auto, solos. Y mi abuelo en el otro Mercedes, junto al edecán. Señalo esto porque aquel cambio habría llevado los hechos a algo quizás muy distinto de lo que realmente ocurrió ese 7 de septiembre.

El tiempo del trayecto entre la casa de calle Presidente Errázuriz y la parcela misma no alcanzaba a ser de una hora. La ruta era similar cada vez, aun cuando existían variantes que tomábamos de vez en cuando, a pesar de ser más largas, por motivos de seguridad. El camino más expedito, y que solíamos hacer con mayor frecuencia, consistía en tomar avenida Américo Vespucio, pasando por avenida Ossa, hasta interceptar con avenida La Florida, pasando por las rotondas Grecia y Departamental de aquel entonces. Desde avenida La Florida se enfilaba rumbo a Puente Alto. El camino, en esos años, distaba mucho del actual. A medida que se avanzaba rumbo al sureste el entorno iba cambiando, y la sensación de

alejarse de Santiago y compenetrarse de aires más limpios y sectores más rústicos dejaba la impresión de estar a cientos de kilómetros de la capital. Creo que ése era uno de los encantos que veían mis abuelos en esa zona. En la intersección con el camino a Puente Alto, y a metros del autódromo de Las Vizcachas, junto a sus parques y piscinas, se encuentra un pequeño retén de Carabineros. Luego el camino es una larga recta, de varios kilómetros, para iniciar su incursión entre el corredor de montañas por el cual baja el río Maipo. Ya en ese punto el camino toma el técnico nombre de ruta G-25 o, también, camino El Volcán. Cuando la columna pasaba el retén de Carabineros de Las Vizcachas, siempre me asomaba para poder mirar el enorme tobogán que se apreciaba desde el camino y que va a parar a una de las grandes piscinas del complejo. Creo que ni a mí ni a nadie de los que habitualmente realizábamos el viaje, se le pasó por la mente que justo debajo de nosotros, por debajo de la gruesa capa de cemento de la cual está hecho el camino, había diez kilos de amongelatina, 33 kilos de explosivo T-4 y todo el equipamiento para provocar una detonación a distancia. El Frente había instalado un primer cuartel en un local que tenía como fachada las instalaciones de una amasandería, ubicada en Camino El Volcán 06210. Allí construyeron un túnel de más de dos metros de profundidad y de dieciocho metros de longitud, para terminar justo en medio del camino por el cual transitábamos. La idea era hacer volar los autos de la comitiva y con ello asesinar a todos sus ocupantes, tal como había sucedido en el atentado perpetrado por ETA en contra del Primer Ministro español Carrero Blanco, a comienzos de la década de los setenta, donde volaron su vehículo blindado en una calle de Madrid por la que acostumbraba a pasar. La explosión fue de tal magnitud que su auto quedó carbonizado sobre el tejado de un pequeño edificio aledaño.

Nunca he sabido con exactitud cual fue la razón por la cual se abortó este plan, y creo no querer saberlo. Sin embargo, una de las versiones es que la columna de autos que conformaba la comitiva transitaba a demasiada velocidad como para acertar a los que era prioridad despedazar. Otras versiones hablan de que, dado el poder del explosivo que el Frente planeaba utilizar, no importaba la velocidad a la cual se transitara, ya que la destrucción abarcaría cientos de metros a la redonda, además de que la activación de la carga produciría una combustión a altísima temperatura, calcinando a aquellos que se encontraran cercanos al sector de la explosión. Por lo tanto, se abortó el plan por una insuficiencia en la cantidad de explosivo que debía llegar al lugar.

Descartado este método, el FPMR planeó definitivamente un ataque directo en contra de la comitiva presidencial. El atentado había quedado frustrado una semana atrás. Sin embargo, y sin saberlo, volvíamos a poner en marcha el ya reiterado plan de los extremistas. La cuenta regresiva volvía a partir.

El camino continúa en línea recta hasta poco antes del poblado conocido con el nombre de La Obra, el cual pasa casi desapercibido por el corto corredor de casas que contemplan la ruta y la cercanía del Mirador que hay en la pequeña cuesta Achupallas. En ese punto se puede ver con claridad la hermosa perspectiva de la corriente del río Maipo fluyendo entre los arenales, antesala de la ladera norte del cajón y sus faldeos verdes prontamente primaverales. Estábamos a sólo poco más de cinco kilómetros del retén de Las Vizcachas, faltándonos más de veintisiete para llegar a la parcela. Ese bello escenario escondía las características claves para una exitosa emboscada, en la cual las víctimas no tendrían prácticamente escapatoria. El costado sur del camino se ve limitado por el corte vertical hecho al cerro para su construcción, pasando metros más arriba una antigua vía férrea en desuso, que forma una plataforma con

perfecta visibilidad a la ruta G-25. El costado sur de la calzada da hacia un barranco que termina a orillas del río, de fácilmente 300 metros de altura. Lo angosto que se torna el camino en la cuesta no deja espacio para berma, sino sólo lugar para vehículos en ambas direcciones. Desde lo alto de la cuesta es posible ver el descenso del camino internándose hacia la cordillera. Todo esto estaba meticulosamente estudiado por el FPMR y, sin lugar a dudas, el sitio escogido era ideal para el logro de su objetivo. Por ello, era necesario establecer un segundo cuartel cercano al lugar de la emboscada y capaz de albergar a los 25 terroristas que participarían en el ataque. El refugio fue una casa cercana al Mirador, con el espacio suficiente para guardar los vehículos que se usarían, y conocida entre los habitantes de La Obra como la Casa de Piedra. Ya habíamos pasado, y nuestro eventual regreso sólo sería hasta aquel lugar donde se llevaría a cabo el ataque. La emboscada ya tenía nombre entre los extremistas: Operación Siglo XX.

Las puertas grises metálicas de la entrada de la parcela ya se encontraban abiertas. Como de costumbre antes de que llegásemos, la velocidad disminuía al entrar. Yo siempre aprovechaba de mirar a los comandos, “manchados”, apostados en ambos lados de la puerta, portando su pesado armamento, atentos ante cualquier problema. Siempre me preguntaba ¿cómo sería, qué pasaría ante cualquier ataque? En esos momentos no me daba cuenta de las reales consecuencias si llegase a ocurrir aquello. Sin embargo, eso cambiaría: lo viviría.

Sus rostros serios y fríos me parecían tan ajenos a aquellos hombres que amigablemente se armaban de paciencia para jugar conmigo o responder a un mar de preguntas que les repetía cada vez que podía. Pero aquello no era un juego, eran sus vidas las que estaban de por medio y cualquier descuido podría acarrear una eventual desgracia.

A través del camino que unía la puerta principal de la parcela, “puerta uno” como la llamaban los escoltas, y la casa, se podía ver la perfecta alineación de los almendros que cubrían gran parte del terreno de la parcela de El Melocotón. Estaba cercana la primavera, por lo que las pequeñas flores blancas de sus ramas contrastaban con los opacos colores del cerro a ambos lados del camino, formando un bello panorama desde las alturas en aquel gigantesco corredor de montañas, tal como lo pude apreciar días después.

El trayecto era corto, no más de 300 metros, pero sus desniveles acentuaban la sensación de internarse en el campo, aislados de la ruta G-25. Dentro de los autos Mercedes no se apreciaba cómo las corrientes del Maipo daban la bienvenida, en los alrededores de la casa principal. Sin embargo, al empujar la pesada puerta blindada del auto, siempre con la ayuda de algún escolta, el ruido del río ambientaba mis recuerdos, y una fresca brisa húmeda acariciaba la cara. Habíamos llegado, una vez más, pensando que todo transcurriría con normalidad.

La casa principal se encontraba cercana al río, construida aprovechando la pendiente para elevar tres niveles: el primero, el living y el comedor, junto con la cocina; el segundo, algo más desplazado hacia el costado norte, donde se ubicaban los dormitorios de alojados, y un tercer piso, justo arriba del living, donde estaban el dormitorio de mis abuelos y su escritorio, todos mirando hacia el oeste. La pendiente de la ladera del cerro y sus arbustos impedían ver el río, pero sí era posible oír el característico y continuo discurrir de las aguas y su rompiente, amplificado el ruido por la caja acústica natural que se forma junto a los cerros de la ladera sur. Sólo pensar en aquel sonido me trae a la memoria los recuerdos, tal como las canciones se enlazan con memorias de lugares o situaciones pasadas.

Se la llamaba casa principal, para con ello diferenciarla de las instalaciones de la guardia y de la casa que

originalmente estaba en el terreno, llamada, coincidentemente, Casa de Piedra, por las toscas rocas que cubrían sus muros.

Mi programa era ya casi tan rutinario como las idas a la parcela: estar con mis abuelos, caminar por las mañanas con él, y acompañar por las tardes a mis abuelas a recorrer sectores cercanos a la casa para cerciorarse de qué tan bien estaban ciertas plantas. Aprovechaba de usar la tricimoto para recorrer caminos que ciertamente no lo eran y parar en rincones para conversar y reiterar mis preguntas a los comandos, no dejando prácticamente tiempo para las obligaciones del colegio. El uso desmedido de la motocicleta, ya que la montaba incluso a escondidas, había maltratado la máquina. Su andar a tirones me preocupaba, por ser el único responsable de tan preciado objeto entre los nietos, sobretodo los mayores. Sin embargo, aquellos días eran algo especial. Canal 7 anunciaba la celebración de su mes aniversario, por lo que deleitaría a sus televidentes con una programación especial digna de ser disfrutada durante todo el fin de semana. Anunciaban la transmisión de famosas películas y de espacios infantiles de larga duración, siendo un panorama sustituto excelente, en el caso de que la pequeña Honda dejara definitivamente de funcionar. El día más esperado por mí era el domingo: Superman a las cuatro y media, justo antes de que regresáramos a Santiago, y El Regreso del Jedi por la noche, aun cuando sabía lo difícil que me resultaría mantenerme despierto hasta esa hora, a pesar de que en aquel entonces la denominadas películas best-sellers de Televisión Nacional comenzaban a las 21:30. Formaban un perfecto panorama. Saber que por fin podría ver “El Regreso del Jedi”... Nunca la había podido ver, y como todos hablaban de ella, mi ansia por verla hacía aún mayor la sensación del tiempo. A los diez años un día se apreciaba como una eternidad.

El invierno durante ese año había sido de inundaciones y fuertes crecidas en los caudales de los ríos a lo largo de toda la región central del país. El Cajón del Maipo no estuvo ajeno a los daños, así como también la parcela. El camino se había

cortado en más de dos puntos, siendo el puente El Manzano arrasado por las corrientes del río, por lo que se había habilitado momentáneamente el uso de un puente mecano provisto por el Ejército. En la parcela, el frío había quemado las plantas más débiles y menos acostumbradas al clima cordillerano, y la crecida de los canales había erosionado con enormes surcos los caminos interiores, evidenciando las cicatrices del daño del mes de julio.

Los recuerdos que me han quedado grabados acerca de aquel fin de semana, como era de esperar, tienen directa o indirecta relación con lo ocurrido ese domingo. El sábado, después de almorzar, habíamos subido todos al escritorio de mi abuelo. La proximidad de las fechas conmemorativas acrecentaba el trabajo acumulado, por lo que era habitual que él pasara la mayor parte del tiempo en su escritorio. Durante el almuerzo mi bisabuela le había pedido que le firmara y dedicara un par de fotografías que unas amigas le habían solicitado hacía ya algún tiempo. Cuando mi abuelo terminó de dedicar las fotografías, mi abuela me preguntó si tenía una foto dedicada de mi abuelo. La verdad era que ni siquiera lo había pensado, ya que estar con él me era cotidiano, y de querer una dedicatoria tendría tiempo suficiente por delante para pedírsela. Además, el hecho de demandarle la fotografía me daba la sensación de limitar aquel tiempo que para mí era prácticamente eterno. Sin embargo, acepté, y mi abuela buscó un bonito marco dentro del cual protegerla, anticipándose al eventual descuido.

“A mi querido nieto Rodrigo, de su abuelo”. La dedicatoria me hacía pensar en una especie de despedida. Como un testimonio del afecto y cariño de él, guardé la fotografía en mi bolso, pensando en dársela a mi madre al regreso. Con seguridad ella la cuidaría de mejor forma.

El día domingo por la mañana aproveché de ocupar por última vez durante ese fin de semana la moto. Mi confianza en el manejo del vehículo ya estaba consolidada y un pequeño sendero descubierto la tarde anterior era el reto perfecto para poner a prueba mi destreza en el manubrio, mientras pensaba ya en las historias que contaría, algo magnificadas, de mi conducción, al regreso a clases. Al hacer partir la motocicleta, un ruido totalmente ajeno al ya acostumbrado zumbido del motor me indicaba que no sólo no podría realizar la proeza, sino que debía pensar ya en cómo arreglar el aparato para no tener que enfrentar el justo reproche de mis primos y hermanos. Los tirones de la máquina hacían imposible acelerarla. Todo lo posible era un lento andar. Sólo pensé en recurrir a los escoltas para que me ayudasen a repararla. A esa edad, el solo hecho de verlos manejar esos enormes autos me hacía pensar que sus conocimientos de mecánica eran suficientes para arreglar un aparato tan insignificante como aquél, y que sólo sería cuestión de minutos para que la repararan. Seguí pacientemente el camino de regreso a la puerta uno. A un costado de la entrada principal estaban las instalaciones de la guardia y las habitaciones donde alojaban los escoltas. Mi presencia por esos lados tan cercanos al camino puso en alerta a los comandos, que tratando de no ser evidentes seguían mi andar de reojo, mientras por sus radios una voz informaba de mi presencia. Continué hacia los estacionamientos donde guardaban los Mercedes junto a los otros autos de seguridad, con la esperanza de encontrar a alguien que me ayudara con mi problema. Al llegar, pude ver a uno de los escoltas limpiando uno de los autos para preparar la salida para el regreso a Santiago. No recordaba en ese momento su nombre, pero su cara me era familiar y con seguridad él sabría el mío.

— ¿En qué andas Rodrigo, ya echaste a perder la moto?

Al parecer el maltrato era notorio y mi esperanza de solucionar el inconveniente se apaciguó con sus palabras.

Tratando de no tocar el tema en forma directa, y haciendo caso omiso de su consulta, le pregunté un par de cosas de los autos para después mencionar el extraño malfuncionamiento de la moto, el cual no se debía a mi “responsable” trato de la máquina, pero que, de no repararlo, me enfrentaría a serios problemas. Su sonrisa no hacía más que confirmarme lo penoso de mi argumento. Pero a la vez mostraba su buena disposición a revisar la moto y ver cuál podía ser la falla. No tardó más que un par de minutos en revisar el pequeño motor, mientras yo trataba de ayudarlo, cual si fuera una consulta médica, contándole el comportamiento del vehículo durante las últimas semanas y los lugares por donde había andado y omitiendo, claro, los sectores que podían comprometer mi responsabilidad.

Movió unos cables, sacó pequeñas piezas que sopló fuertemente y volvió a encajarlas en su lugar. Todo aquello me parecía incomprensible, pero al terminar, jaló la piola que encendía el motor y éste, luego de un breve titubeo, volvió a sonar como solía hacerlo hacía un par de semanas atrás.

— ¡No te metas por partes muy barrosas!— me alcanzó a decir, cuando ya le había dado las gracias y feliz, partía hacia los mismos lugares de la parcela donde con seguridad había estropeado la máquina.

Puede que este breve encuentro hubiera pasado inadvertido si todo hubiese sido normal aquel domingo, pero el rostro de Cardenio Hernández me quedó grabado de por vida. El pequeño encuentro que tuvimos esa mañana del domingo significó que, al saber de su muerte, los nombres de las víctimas tomaran un sentido humano, significaran sentimientos, emociones y vivencias tan recientes como la de aquel día. A esa edad la vida se palpa de otra forma. La

realidad me golpeaba de frente en la cara y un agudo sentimiento se aferró de mi persona.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO VI

7 DE SEPTIEMBRE

La estadía en la parcela había sido, para mi abuelo, sólo de trabajo. Por las noches se quedaba hasta tarde revisando documentos en su escritorio, para así poder terminar lo que no había hecho durante el día, sin darle mayor importancia a una leve gripe que fue incrementándose durante el fin de semana. Las preocupaciones rondaban permanentemente por su cabeza.

Debíamos regresar a Santiago esa tarde, como de costumbre. El lunes comenzaba una semana llena de actividades. Su cansancio no era evidente para cualquiera. Fue mi abuela quien, por conocerlo desde ya hacía tantos años, pudo notar en sus ojos un claro agotamiento, que acompañaba a un estado gripal que definitivamente se arraigó en él. Durante el almuerzo le sugirió la idea de quedarnos por lo menos hasta el mediodía del lunes. Ella ya había decidido hacerlo junto con su madre y quería que mi abuelo también lo hiciera. La idea quedó en el aire y no se concretó nada. Durante esa hora, para mí, quedarme un día más significaba acortar la última semana de clases antes de salir a vacaciones, lo cual me agradaba bastante. Fue ésta una de las razones por las cuales presté atención al reiterado número de veces que mi abuela nos sugería quedarnos esa noche en la parcela. Tanto fue así que el último motivo de regreso que empleó mi abuelo fue mi ineludible deber de asistir a clases. Todas las demás razones que mencionó se vieron desbaratadas por el contra punto que mi abuela presentaba. Los inevitables compromisos que mi abuelo daba como motivos para regresar, fueron sucesivamente desvirtuados por mi abuela. Ya la sugerencia tomaba visos de un inexplicable deseo de ella de que nos quedáramos a como

diera lugar. Al escuchar el argumento esgrimido por mi abuelo que me involucraba, llamé a mi madre para obtener permiso de faltar ese lunes al colegio. Sin embargo, y como me lo había supuesto, su negativa reafirmó la necesidad de regresar. Se habla sobre el natural instinto femenino. Mi abuela siguió insistiendo en que no nos fuéramos hasta el mismo momento de ingresar al auto. Su sugerencia ya sonaba a una desesperada súplica para que le hiciéramos caso, como si inconscientemente supiese cuál sería nuestro destino. O como si nos estuviese alertando del peligro que corríamos.

—Augusto, por qué no te quedas, ¿que más da que llegues mañana un poco más tarde?— le decía mi abuela, mientras yo los miraba expectante a que por fin mi abuelo se decidiese a quedarse, para así no tener que levantarme temprano al colegio y poder ver tranquilo los best-sellers de Televisión Nacional.

Todo el esfuerzo de mi abuela fue inútil. La rutina se repetiría una vez más, pero sólo hasta 32 kilómetros hacia el oeste.

Cerca de las seis de la tarde fueron llamados los autos. Estaba todo dispuesto para nuestro regreso. Mientras los Mercedes se apostaban en la entrada de la casa, yo ya estaba listo con mi pequeño bolso. Había visto televisión durante la tarde, pendiente de un cambio de parecer de mi abuelo que significara quedarnos. Los dos Mercedes estaban enfilados para partir. Eran distintos a los autos que habitualmente se usaban. El modelo era más reciente y contaba con pequeñas comodidades de las que el anterior carecía. Llevaban en uso no más de un mes, y los nuevos botones en su interior incitaban a apretarlos para saber su uso o preguntar al conductor cada función que me imaginaba podrían realizar. El auto puede verse muy amplio por fuera; sin embargo, en su interior es bastante más estrecho que un auto convencional similar. Sus

pesadas puertas hacían difícil abrirlo desde el interior sin ayuda de alguien, evidenciando las placas de acero que conforman su blindaje en las puertas. Los gruesos vidrios dobles distorsionan levemente las figuras al ver a través de ellos, dando la primera impresión de ser opacos. La imposibilidad de bajarlos acentúa la sensación de encierro. Los asientos traseros estaban divididos de los delanteros por un cristal que es posible subir o bajar según se estime conveniente, dando privacidad a los pasajeros pero no evitando un total aislamiento de la voz. Los vidrios tenían unas cortinas de género azul oscuro, las cuales se podían correr para impedir la luz,. Sin embargo, mi abuelo rara vez las usaba cerradas. La mayor novedad del nuevo modelo no consistía en las pequeñas mejoras en las comodidades internas, que eran bastantes similares a la anterior máquina, sino en poseer un mejor blindaje y en la especial característica de tener también los neumáticos blindados.

— ¿Cuáles son las diferencias con el anterior modelo?— pregunté a Carvajal mientras aun esperaba en la entrada de la casa la salida de mi abuelo. Él era el conductor del Mercedes presidencial. Había sido asignado a aquella tarea desde hacía no mucho tiempo; sin embargo, sabía a la perfección las capacidades y funciones del vehículo.

Carvajal me contó que los autos habían llegado hacía sólo semanas, y que aunque por fuera parecían similares a los otros, poseían características un tanto distintas.

Si bien él sólo llevaba poco tiempo trabajando como conductor del Mercedes de mi abuelo, ya completaba un largo tiempo como miembro de la seguridad destinada al Presidente y su familia, por lo que ya yo lo conocía bastante, o mejor dicho, él me conocía más a mí.

La verdad era que, dado lo nuevo de los autos, el conductor había estado practicando algunas maniobras con el vehículo, con el fin de acostumbrarse y acomodarse a las diferencias en el manejo. Carvajal había tomado el auto aquella

misma mañana para realizar maniobras básicas, que sin lugar a dudas jamás pensó en tener que realizar en un caótico escenario que nos esperaba en unos cuantos minutos. Ya eran cerca de las seis y cuarto de la tarde.

Cuando ya asumí que nuestro regreso sería inevitable, subí mi bolso al auto y esperé la salida de mi abuelo en el exterior de la casa, junto con los oficiales de seguridad y el edecán naval Pedro Arrieta. Allí se encontraban también el capitán a cargo de seguridad, Juan Mc-Lean, los conductores de los Mercedes, suboficiales Carvajal y Castillo, el escolta del auto de alternativa, suboficial Carpio, junto con el médico de turno, doctor Domingo Videla.

Todos ellos me conocían desde pequeño. El característico uniforme naval de color negro que llevaba puesto el comandante Arrieta, resaltaba entre las tenidas de civil que vestía el resto de la escolta, como también evidenciaba su autoridad. Hombre alto, de pelo oscuro y con un particular tono ronco de voz, refería peculiares anécdotas y conversaciones, generalmente en la entrada de la casa. Su singular buen humor hacía que hasta yo disfrutara de la conversación, aun cuando hablaran de personajes que nunca en mi vida había conocido, integrándome y haciéndome parte de aquella conversación con el ya reiterado comentario sobre la moto, que se había divulgado desde el día anterior.

— Y, Rodrigo, ya echaste a perder la moto ¿no?—, desatando una silenciosa risa del resto de la escolta que alcanzó a escuchar el comentario.

—No le vayan a contar a mi abuelo— dije un tanto nervioso, dándome cuenta de lo evidente que había sido el ir a buscar ayuda a la guardia el día sábado. Todos, o casi todos, se enteraron y supieron en qué andaba ese día por aquellos lados.

Entre quienes allí conversaban se encontraba el capitán Juan Mc-Lean. Él era el oficial a cargo de la seguridad presidencial en esos días, por lo que constantemente se encontraba coordinando e impartiendo instrucciones a los distintos equipos que se desplegaban en cada desplazamiento del Presidente de la República. Entre sus labores estaba la de coordinar la salida de mi abuelo con el grupo de seguridad adelantado, cuya tarea era chequear la ruta que se realizaría, comprobando el estado de cruces y puentes, para anticipar la colocación de posibles aparatos explosivos, como también revisar vehículos y personas sospechosas que se encontrasen en el camino. El capitán era el único que no se alejaba de su transmisor de radio, siendo constantemente llamado tanto para ser consultado con toda clase de preguntas, como asimismo recibir informaciones respecto a la seguridad.

Permanentemente se alejaba del grupo de conversación en la entrada de la casa para no molestar con el característico chirrido que emitían las radios de comunicación, con voces entrecortadas que expresaban palabras de difícil interpretación, producto de la gran cantidad de interferencia que los cajones de cerros creaban en la parcela, y del codificado lenguaje que usaban.

Su presencia siempre me llamaba la atención. Hombre alto y delgado, de pelo rubio y ojos claros, con una gran capacidad de mando y siempre pendiente de lo que sucedía a su alrededor, todo ello suscitaba en mí una especie de admiración hacia su persona. Más aún, al pensar seriamente acerca de la responsabilidad que recaía en sus hombros, aun cuando sólo lo advertía en una dimensión acotada por mi corta edad. En su labor radicaba nada menos que cuidar a mi abuelo, el Presidente de la República.

Un repentino silencio auguraba que mi abuelo ya saldría de la casa. Era hora de partir, tal como lo habíamos hecho los fines de semana anteriores. Al aparecer mi abuelo bajo el

marco de la puerta, ya me resultaba habitual oír el taconear de los zapatos al cuadrarse, seguido ello de una frase que, a pesar de querer expresar lo contrario, la repetían cual forma de saludo: “¡Sin novedad, mi general!”.

Fue en esos momentos cuando mi abuela apareció en la puerta de entrada. Su llamado desvió mi atención y partí hacia ella.

—Augusto, ¿estás seguro de no querer quedarte?— dijo a modo de despedida más que realmente creyendo que su pregunta cambiaría el destino.

—Toma unos chocolates, Rodrigo, para el camino y para que les lleves a tus hermanos.

Saqué varios puñados de pequeños chocolates hasta que no cupieron más en los bolsillos de mis blue jeans. Mientras me los daba, mi abuela se quejaba de la porfía de su marido en irse a Santiago y lo difícil que era hacerlo cambiar de parecer cuando se trataba de responsabilidades de trabajo. Me despedí de ella y de la masmami. Ya mi abuelo estaba por partir. Le había pedido al edecán que lo acompañara en la parte trasera del auto. Tenía ciertos asuntos pendientes que hablar con él, por lo que según recuerdo, yo ya me encaminaba a abordar al Mercedes de alternativa junto al doctor Domingo Videla, sin embargo los demás recuerdan que me iba a subir en uno de los autos escoltas, el cual manejaba Cardenio Hernández, aquellos autos no tenían blindaje. Creo que fue el impacto de pensar en lo que hubiese pasado si viajaba en aquel automóvil lo que confundió mis recuerdos. La voz de mi abuela paralizó el movimiento de las personas alistadas para partir. Me dijo que fuera junto con mi abuelo, como recurriendo a su última posibilidad de evitar una tragedia; de haber estado en autos diferentes nuestra suerte pudo haber sido muy distinta. El edecán subió en el asiento delantero junto a Carvajal, y una sonrisa de asombro de mi abuelo me recibió cuando entré al auto. Cerraron las puertas y el hermetismo del blindaje creó un

ambiente ajeno al exterior, pues se escuchaban los ruidos de afuera como emitidos con suaves tonos y desde muy lejos. Todas las puertas de los demás autos se iban cerrando de tal forma, que daba la impresión de estar todos perfectamente coordinados. Era el singular eco de nuestra partida. Comenzaba nuestro retorno a la capital, otra vez acompañaba a mi abuelo. Atrás estábamos él y yo, junto con la habitual pistola automática que solía poner en medio del asiento, entre los dos. El vivir inevitablemente en torno a armas me enseñó a respetarlas. Nunca las tocaba si no era con alguien que supiera hacerlo, y menos aún manipularlas. Sin embargo, mi mirada se iba hacia aquel fierro, como lo llamaban algunos escoltas. Era una pistola automática calibre 9 milímetros, con un cargador de 15 balas, más una en la recámara. Estaba puesta en su habitual cartuchera de cuero. Los ojos de mi abuelo vedaron mi imaginación. Extendió su mano para tomarla y dejarla mas cercana hacia su costado. Sólo aparenté una falsa indiferencia hacia el arma.

Ya cuando enfilábamos rumbo al oeste, por la carretera G-25, mi abuelo se puso el cinturón de seguridad con que contaban los asientos traseros del auto. El hecho me llamaba la atención, ya que era la primera vez que lo hacía, de todas las que me había tocado acompañarlo en un viaje. Luego me dijo que yo también lo hiciera. Sin embargo, no me fue posible engancharlo. El broche estaba malo. Intenté varias veces asegurarlo, pero me fue imposible. Al verme que no podía engancharlo, me dijo:

—No te preocupes Rodrigo, déjalo así—, mientras se desabrochaba el de él, dándome a entender que no era del todo imprescindible que estuviéramos con el cinturón puesto. Después de todo, pensé, qué tan probable sería que chocáramos.

—Por muy nuevos que sean estos autos, siempre vienen con fallas—, me dijo con un cierto tono irónico, al cual yo sólo respondí levantando mis hombros.

Mi pequeña estatura sólo me permitía llegar hasta la mitad del vidrio. Me enderezaba para poder mirar el camino y la gente que se apostaba en las orillas, para saludar unos, o demostrar indiferencia otros, frente a nuestro paso. Mi abuelo solía llevar alguna lectura para el viaje. Conversábamos un poco, pero la verdad era que mi atención se centraba en ver cómo el auto Opala de Carabineros y los motociclistas abrían paso de forma prácticamente malabarística por el cogestionado camino el fin de semana. Aquel día había sido especialmente perfecto para un paseo dominical por los sectores cordilleranos del Cajón del Maipo, muy soleado, lo que dio como resultado una gran concurrencia de vehículos que habían subido por el día a los alrededores. El enorme tráfico dificultaba la labor de los carabineros. Más aún, con el corte del puente El Manzano y el uso de un puente mecano, que permitía el cruce de un solo vehículo a la vez, se había creado una gran congestión que abarcaba cientos de metros desde el cruce del río hacia el este.

Ya habíamos pasado el pueblo de San José de Maipo, cercano a la casa, a alrededor de unos cinco minutos en auto. Nuestro paso por allí era la primera pieza de toda la planificación elaborada por el Frente durante largo tiempo. Sin saberlo nosotros, nuestro paso daba comienzo al movimiento y alerta de las distintas personas que actuarían en el sangriento ataque. La Operación Siglo XX había sido cuidadosamente trazada para evitar cualquier imponderable. Los terroristas habían pasado algunos días, durante esa semana, en una pequeña hostería del pueblo de San Alfonso, muy cercano a la parcela en dirección hacia la cordillera. Allí se habían hecho pasar por un grupo religioso, para poder eludir cualquier

sospecha y así aguardar la semana de postergación que sufrió el ataque. La tranquilidad de la zona y la obligada meditación que requería su falsa imagen, sirvió para repasar punto por punto los puestos de ataque y el rol que a cada persona le tocaría desempeñar. Así fueron repasando lo que denominaron grupos de ataque.

Grupo 501, de contención y de choque, sería el encargado de bloquear nuestro paso atravesando un station Peugeot remolcando una casa rodante blindada con placas de mármol en su costado. Sus fusiles M-16 y lanzacohetes estarían destinados a aniquilar los primeros vehículos de la comitiva.

Grupo 502, denominado de asalto, cuya misión sería concentrar su ataque en la sección media de la columna. En este grupo se encontraba el Comandante Ernesto.

Grupo 503, destinado a destruir los vehículos que viajaran al final de la comitiva.

Por último, el Grupo 504, cuyo objetivo era cerrar la zona de ataque, impidiendo el escape de cualquier auto en dirección al oriente.

La columna bajaba rumbo a Santiago, conformada por los habituales autos. Adelante, los dos motociclistas de Carabineros abrían el paso entre los autos que se dirigían o regresaban de la capital, para ir alternándose en las intersecciones de los caminos adyacentes y parando el tráfico con el objeto de evitar accidentes y facilitar nuestro andar. Luego retomaban la punta, pasando a gran velocidad entre nuestros autos. haciendo pequeñas fintas con sus pesadas máquinas, hasta llegar al punto de partida. Luego de las motos seguía el auto Opala beige, también de carabineros. Éste apoyaba la labor de las motos con el uso de sirenas y señas a los automovilistas para que nos permitiesen el paso. Desde mi asiento, justo detrás del conductor, podía ver cómo los carabineros hacían su labor. En su interior viajaban cuatro personas. Quien lo conducía era el sargento de Carabineros

Luis Córdova. En sus asientos traseros viajaban los carabineros Pablo Silva y Miguel del Río. Al mando del vehículo viajaba de copiloto el teniente Yordan Tavra Checura. Nuestro Mercedes seguía al Opala. No siempre era así. Continuamente se alternaban los lugares de los Mercedes dentro de la columna, para ir cambiando en cada viaje y durante el mismo, por motivos de seguridad. El Mercedes de alternativa, de idéntica apariencia al nuestro, y llamado así por ser aquel donde no viajaba mi abuelo, nos seguía a corta distancia. Era conducido por el sargento Castillo y en él sólo viajaban el doctor y el escolta Francisco Carpio. En aquel automóvil hubiese regresado yo, si no hubiera sido por la petición de mi abuela al salir de la parcela.

La seguridad estaba conformada por otros dos autos que nos seguían: un Ford, llamado “vehículo de seguridad 1”, nos seguía. El capitán Juan Mc-Lean estaba a su mando. Viajaba de copiloto del cabo Cardenio Hernández. Atrás los cabos Gerardo Rebolledo y José Barrera. La columna se cerraba por otro vehículo similar, que transportaba al grueso de la seguridad. Eran los “manchados” quienes viajaban en él, proveídos de mayor armamento que el resto de la seguridad. Juan Fernández Lobos lo conducía; el cabo Roberto Rosales iba a su lado, mientras que Miguel Guerrero y Roberto Pinilla, ambos con uniforme de mimetismo, viajaban junto a su armamento en la parte posterior del vehículo.

Nuestro paso por San José de Maipo tuvo lugar alrededor de las 18:20. Desde una pequeña residencial llamada Inesita, una mujer de nombre Isabelle Mayoraz daba el aviso del paso de la columna por la localidad. Su llamada telefónica dio la alerta a la Casa de Piedra, para que los 25 terroristas se aprestaran a iniciar su acción según lo metódicamente planeado, sin que nadie de nosotros siquiera imaginara lo que ya estaba ocurriendo. Nuestro paso por el poblado era el habitual: gente apostada en las orillas saludaba el pasar de los

autos mientras otros se limitaban a la indiferencia o a hacer algún gesto de rechazo. Me gustaba mirar por el vidrio y ver la cara de asombro de las personas que, al tratar de encontrar algún rostro a través de esos gruesos vidrios, se sorprendían al hallar la mirada de un niño.

Al otro lado de la línea contestó el Comandante Ernesto. Él era quien comandaba la operación, y su verdadero nombre era José Joaquín Valenzuela Levy. En sólo minutos llegaríamos a la emboscada y todo estaba funcionando según lo planeado. Salieron de la Casa de Piedra todos los vehículos que serían utilizados en el ataque. Poco a poco fueron tomando posiciones, tal como lo habían estudiado metódicamente durante ya largo tiempo. Se preparaban para exterminar de manera rápida y brutal su objetivo, encaramados en los faldeos del cerro y tendidos a la espera de que llegásemos al punto donde sería el derramamiento de sangre. La muerte se acercaba a la cuesta.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO VII

EMBOSCADA

Una pequeña bajada que termina en el cruce de la ruta G-25 con el Puente Nuevo, camino que conduce a la localidad de Pirque, marca el inicio de la subida de poco más de 500 metros de la llamada Cuesta Achupallas. Durante todo el camino me había entretenido mirando los bellos paisajes cordilleranos, al igual que la gran cantidad de turistas que bajaban de su paseo dominical. Justo al pasar el cruce, dos carabineros que custodiaban la intersección se cuadraban al pasar de los autos. Me resultó inevitable seguir con la mirada el rostro de uno de ellos, aquel más cercano a nuestra ruta y más alejado del vehículo policial en el cual andaban. Estábamos a sólo metros de nuestra emboscada y a vista cierta de los terroristas, bajo la mira de los oscuros cañones de los fusiles M-16.

La subida, a pesar de no tener mayores curvas, tiene la pendiente suficiente como para que la columna disminuyera su velocidad, no así uno de los motociclistas que, exigiendo su moto BMW, se alejó velozmente hasta llegar a la cima de la cuesta. La orden del teniente Tavra de chequear si venían autos en contra, fue la razón para que el cabo José Carrasco apretara el acelerador de su máquina. A medida que subíamos, desde mi ventana se apreciaba cómo el río Maipo empequeñecía por efecto de los metros subidos y se alejaba rumbo a Santiago. Ya llegábamos a la cima y el barranco del costado norte de la carretera alcanzaba su máxima altura. Fue en ese instante cuando vi al station Peugeot que arrastraba una pequeña casa rodante, de cuyo color sólo recuerdo el naranja, atravesarse repentinamente en medio de nuestro camino. El segundo

motociclista alcanzó a esquivarla apenas, comprometiendo sí su trayectoria por delante. El ulular de la sirena del Opala, junto con los chirridos de los frenos, sólo corroboraron mi pensamiento acerca de la estupidez de aquel conductor en cruzarse en medio del camino cuando nos podía ver venir desde varios metros. Ese pensamiento tuvo que haber pasado por más de alguno de los que allí nos encontrábamos: sólo la imprudencia de un conductor, sólo eso.

El estallido de las primeras bombas arrojadas desde los faldeos del cerro generó un estruendoso ruido. Fue posible escuchar el ensordecedor estallido a pesar del hermetismo del auto. Las chispas y esquirlas de fuego se esparcieron por todo nuestro alrededor. Mis escasos años me permitieron seguir evadiendo la dramática situación en la que ya nos encontrábamos. Pensé en fuegos artificiales. Sin embargo, estos fugaces pensamientos se desvanecieron violentamente cuando las primeras astillas de vidrio me golpearon la cara. Diminutos fragmentos saltaron desde mi ventana a la vez que el tableteo de los fusiles M-16 resonaba entre las sucesivas explosiones. Las astillas saltaban a borbotones desde mi vidrio y otras tantas desde el parabrisas trasero. Eran el resultado de los primeros impactos de balas que dieron en el costado, que inexplicablemente no me cortaron el rostro.

El auto Opala de Carabineros había quedado a solo metros del Peugeot con su remolque. Era el primer blanco y carne de cañón para los M-16 y lanza cohetes Law. El conductor de aquel automóvil, sargento Córdova, quedó inconsciente sobre el volante, producto de una herida. Con ello, la inmovilización del auto sellaba el destino de sus ocupantes, mientras por todas las radios se escuchaba la voz del capitán Mc-Lean dando la instrucción de retroceder.

—¡Atrás, atrás!

Desde mi ventana podía ver el auto de Carabineros. Sin embargo, las trizaduras del vidrio sólo me dejaron distinguir colores y sentir el fuerte calor momentáneo que producían las llamaradas de las explosiones. Los vidrios seguían entrando a montones, mientras intentaba empinarme hacia atrás para lograr cubrirme con la cortina de la ventana e impedir que las astillas me golpearan el rostro.

Una de las explosiones fue la de un cohete Law que había rozado sobre el techo del Opala, rajándolo de lado a lado. El teniente Tavra había logrado salir, mientras repelía en lo posible aquel devastador ataque. Sin embargo, ya uno de los ocupantes del auto, el cabo Silva, yacía muerto, producto de un impacto de bala en su cabeza. El fuego era intenso, la lluvia de balas y las explosiones no cesaban, y el particular sonido de las ráfagas de los M-16 quedaba grabado en mi memoria.

Miré que mi abuelo tomaba la pistola automática que estaba entre nosotros con la intención de bajar del auto. De inmediato miré al comandante Arrieta, como queriendo buscar amparo ante la inminente salida de mi abuelo, el edecán se encontraba gesticulando y dando la instrucción de retroceder. Apenas escuchaba su voz, ya que el vidrio de separación estaba arriba y el tronar de los fusiles era interminable. Antes que mis ojos regresaran con mi abuelo el auto comenzó a retroceder velozmente entre la ladera del cerro y los autos que nos escoltaban, golpeando el costado del cerro. Fue en ese momento cuando sentí el brazo de mi abuelo alrededor de mi cuello, para luego, cubrirme con su cuerpo. El primer choque nos separó. Habíamos embestido algo mientras Carvajal hacia retroceder el Mercedes.

Por mi ventana ya no se podía distinguir nada. Los impactos de bala despedazaron el vidrio y su blindaje con seguridad no resistiría mucho más. Seguíamos retrocediendo cuando miré por la ventana derecha, al lado de mi abuelo. Ésta no había recibido impacto alguno, por lo que pude ver con claridad a uno de los manchados apostado en contra del cerro.

Su nombre no lo sabía o no lo recordaba. Sólo recordaba su rostro, y verlo apaciguó levemente el temor que yo sentía.

El auto de los comandos había frenado de golpe el final de la columna. Los manchados salieron inmediatamente del auto para proteger al Mercedes en el cual viajábamos, avanzando pegados al cerro y defendiendo tanto el frente como sus espaldas, aguantando la intensa balacera y bombas que caían sobre ellos. Cuando pasamos en retroceso vi al cabo Guerrero plegado al cerro con su fusil Galil en la mano. Su nombre lo conocí días después, al ver aquel mismo rostro que alivió mi temor entre las fotografías de aquellos que murieron esa tarde. Mientras ambos se encontraban en las orillas del cerro, en el auto en que viajaban, Seguridad 2, quedaban el cabo Juan Fernández Lobos y el cabo Roberto Rosales. El FPMR había estudiado con detalle cómo estaba constituida la columna presidencial, por lo que sabían que en aquel vehículo viajaba el grueso de la seguridad y del armamento. El fuego sobre Seguridad 2 no se dejó esperar, y entre bombas y ráfagas de los M-16, el cabo Fernández, que conducía el vehículo, logró escapar herido hacia el costado norte del camino, saltando el muro entre éste y el río, hacia el barranco. El cabo Rosales, una vez fuera del auto, no tuvo oportunidad de repeler el ataque cuando fue alcanzado por un cohete Low que le despedazó el cuerpo.

El silbar de las balas no cesaba, y la muerte de valientes hombres eran las primeras consecuencias de tan cobarde y sanguinario ataque.

Pinilla y Guerrero defendían con extremo coraje nuestra retirada, cuando este último fue alcanzado por una bala que le atravesó el tórax, cayendo muerto.

El Mercedes continuaba retrocediendo cuando un fuerte choque sacudió todo el automóvil. Carvajal ya no podía maniobrar con los espejos laterales. Sus gestos, como los del comandante, me indicaban la necesidad de abrir las cortinas

posteriores, las del parabrisas trasero. Traté de correrlas en lo posible, pero sólo conseguí moverlas un poco, suficiente como para que Carvajal lograra iniciar de nuevo el retroceso hasta que otro fuerte choque volvió a sacudir el auto. El ruido de los M-16 parecía ceder en intensidad, pero no así en volumen. Atrás nuestro se encontraba el grupo de retaguardia denominado por los terroristas como Grupo 504. Su poderosa camioneta estaba destinada a cerrar el paso a cualquier vehículo que tratase de salir de la zona de muerte. Descargaron todos los M-16 sobre nosotros, aun cuando no sabían si mi abuelo iría en aquel automóvil. El rápido giro que hizo Carvajal, nos permitió quedar apuntando en dirección al oriente, rumbo a El Melocotón y lejos de aquel infierno. Carvajal aceleró al máximo para salir lo más pronto posible de la zona de ataque. Al pasar por el cruce del Puente Nuevo, miré al mismo carabinero que se cuadraba para saludar nuestro paso, caído allí, en el mismo lugar, sobre un charco de sangre. Su pálido rostro me hacía pensar que aún no nos encontrábamos a salvo.

El Mercedes de alternativa, donde viajaba el doctor como único pasajero, había quedado en la pista contraria a la que veníamos, apuntando levemente en dirección al río. El ataque sobre ellos fue igual o mayor intensidad que el sufrido por nuestro automóvil. Había quedado en una mejor posición de tiro para los extremistas escondidos en los faldeos del cerro, por lo que las bombas de mano, lanzacohetes Low y fusiles cayeron estrepitosamente sobre el techo y costados del auto. Carpio, que iba de escolta al lado de Castillo, conductor de ese Mercedes, trató de abrir la pesada puerta del auto para repeler el incesante fuego que caía sobre la columna. Una ráfaga de los M-16 sólo le permitió dejar la puerta entreabierta y con su arma apuntar hacia un enemigo oculto. Un cohete dio de lleno en la puerta trasera del Mercedes de alternativa, debiendo haberlo hecho volar y despedazando a todos los ocupantes del auto. Sin embargo, rebotó en el marco trasero de la puerta,

dejado una notoria hendidura en la carrocería, aun cuando había golpeado en una de las partes más resistentes del blindaje, pero sin hacer detonación. Al parecer, la corta distancia en que fueron utilizados los Low hizo que algunos cohetes no alcanzaran a armarse en el trayecto de disparo, no haciendo detonación. Gracias a Dios aquél fue uno de ellos. De lo contrario el automóvil hubiera volado en pedazos.

Castillo, al escuchar la voz del capitán Mc-Lean y ver nuestro retroceso, metió reversa y tras una rápida vuelta en “u” quedó en igual dirección que nosotros, que ya nos alejábamos de ese infierno.

Mientras tanto, el auto de Seguridad 1, comandado por el Capitán Juan Mc-Lean, quedaba en la mortal cuesta. El vehículo había frenado a sólo metros del Mercedes en que viajábamos y, al percatarse de la magnitud de la emboscada, el capitán Mc-Lean dio la orden por radio a todos los demás autos de regresar rumbo al oriente.

El conductor de Seguridad 1, cabo Cardenio Hernández, iniciaba la marcha atrás mientras los escoltas Barrera y Rebolledo, que iban en los asientos traseros del auto, como el propio Capitán Mc-Lean, repelían el ataque con sus armas a través de las ventanas. El fuego de los fusiles M-16 no dejaba de caer sobre ellos, como también las granadas caseras. Estando en la mira de los lanzacohetes Low, fue en esos momentos cuando uno de éstos dio de lleno en el auto de Seguridad 1, haciéndolo explotar en llamas. El cabo Hernández logró salir malherido del auto, quedando entre éste y el barranco aledaño a la carretera, un blanco cierto para los extremistas apostados en los faldeos del cerro, escondidos entre los matorrales. Las balas de los M-16 dieron de lleno en su pecho, cayendo muerto a sólo metros de la explosión. Al momento del estallido el capitán Mc-Lean logró escapar del auto, quedando herido en la espalda. Con su cuerpo ensangrentado buscó refugio junto al cerro.

Del vehículo también había logrado salir el Cabo Barrera, herido y con su rostro bañado en sangre. Logró refugiarse en el costado sur del camino, entre un pequeño muro y el barranco que caía hacia el río, de allí repeló el ataque hasta que el estallido de una granada lo dejó tendido en el suelo, inconsciente. Sin embargo su compañero, el cabo Rebolledo, no tuvo igual suerte. El impacto del cohete le había costado la vida, y su cuerpo quedaba en el interior del vehículo ya en llamas.

Sólo dos hombres quedaban en pie para defenderse del brutal ataque. Estaban pegados junto al cerro, en el costado norte del camino. El fuego no perdía intensidad. Las llamas de los autos incendiándose y el dolor de las heridas conformaban con certeza un infierno. Ya sin municiones y con poco qué perder, el capitán Mc-Lean y el cabo Pinilla vieron su posible salvación en el barranco que se encontraba al otro costado del camino.

Nosotros ya estábamos algunos kilómetros lejos de aquel infierno, por lo que la misión de ellos se había cumplido: habían logrado que salvásemos con vida. Dificultosamente cruzaron el camino, con las dolorosas heridas recibidas, para así arrojarse al barranco. Su salto terminó varios metros más abajo. La caída se vio interrumpida por matorrales que había en las salientes del barranco, los cuales soportaron el descenso. Gracias a Dios, ambos lograron sobrevivir.

—¡Rodrigo, corre las cortinas!— me dijo imperiosamente el comandante Arrieta. Era necesario saber si alguien nos seguía. Podría ser aquella camioneta que nos impedía el escape. Cuando las corrí, pude ver entre las trizaduras del parabrisas, producto del impacto de algunas balas, cómo nos alejábamos del humo que emanaba de los autos incendiándose, como asimismo sentí el silbar de los disparos. Mis movimientos eran tensos y lentos, mezcla de un

terror aún no dimensionado y del cuidado para no cortarme con la enorme cantidad de astillas que cubrían todas mis piernas, formando un pequeño montículo sobre mis jeans. Traté de deshacerlo con mis manos y fue entonces cuando mi abuelo me tomó la mano y me dijo que lo dejara así. Su mano ya estaba ensangrentada por pequeños cortes de las astillas. Ya alcanzábamos sobre los 130 kilómetros por hora, o eso me parecía. Me miró a los ojos. Su cara reflejaba una cierta tranquilidad, que no alcanzó a aliviar mi rigidez, combinada con un leve temblor en mis piernas que sólo yo advertía.

—De la que nos salvamos nieta— me dijo. Sus palabras me hicieron sentir que el peligro en verdad ya pasaba, que el ruido de las bombas y tableteo de las metralletas no se repetirían, aun cuando continuaban retumbando en mi cabeza. Sólo asentí levemente con mi cabeza. Palabras no tenía.

Carvajal, a gran velocidad, maniobraba entre el congestionado camino, transitado por paseantes que evadían la zona de catástrofe como de otros que no se explicaban qué era lo que sucedía. Frenadas bruscas y aceleradas a fondo, serpenteando por el camino, para llegar pronto a un lugar seguro. Pero, ¿qué sería seguro? ¿Habría otra emboscada más adelante? Los autos no resistirían otro ataque similar. Providencialmente habían aguantado y estábamos vivos.

La voz de Carvajal anticipaba algo.

—Mi comandante, nos sigue un auto. Es el de alternativa.

El comandante Arrieta se volvió varias veces para verificar con sus propios ojos que fuera aquel auto y no otro el que nos seguía a tal velocidad a través del congestionado camino. Sólo miré sus ojos, para saber si en verdad se trataba de ellos o no. No me atrevía a volverme. Fue entonces cuando intentaron comunicarse por radio.

—¿Son ustedes quines nos siguen?— preguntaba el comandante Arrieta una vez tomado contacto con el auto de alternativa.

—Afirmativo— contestó Carpio a través de la radio.

Ya no estábamos solos. Sin embargo, el daño de los Mercedes, como el escaso armamento con que contaban, hacían nuestra defensa nula frente a cualquier otro ataque.

Ya tomando contacto con el auto de alternativa comenzó el diálogo entre ambos. Analizando la gravedad de la situación y cuáles serían las alternativas más seguras a seguir, yo sólo escuchaba atentamente la conversación, dándome cuenta de que aún estábamos lejos de quedar a salvo.

Allí íbamos, los dos Mercedes a gran velocidad, abriéndose paso. El puente El Manzano ya estaba cerca. ¿Estarían allí los soldados que lo custodiaban? Serían realmente uniformados? ¿O habrían sido suplantados? En esos momentos ninguna especulación resultaba aventurada.

—Mi comandante, que pase el alternativa adelante— le escuché decir a Carvajal.

El puente era un punto muy vulnerable para nosotros. No teníamos cómo saber que no se encontraba con explosivos. Tras pasar una cerrada curva nos encontramos de frente con el puente. Aún había vehículos pasando en dirección a Santiago. Los dos autos pararon a una distancia prudente del puente. Por las radios hablaban de la necesidad de reforzar la seguridad. Vi bajarse del auto de alternativa a Carpio con su arma en la mano y ordenarle al cabo que vigilaba aquel extremo oeste del puente que se subiera al auto junto con su fusil.

—Que se suba acá. Rodrigo, cámbiate de auto— me pidió el comandante.

Yo estaba por abrir la puerta automáticamente, con un miedo que brotaba desde adentro, cuando la negativa de mi abuelo me hizo permanecer en el auto.

El primer Mercedes aceleró, pasando velozmente por la frágil estructura metálica. Apenas llegó al otro extremo, cuando éramos nosotros quienes cruzábamos el puente a toda velocidad. Una vez que ambos vehículos atravesaron el río, continuó nuestra carrera rumbo a algún lugar seguro. Aún estábamos lejos de llegar a la parcela, pero ahora contábamos con un soldado con su fusil para hacer frente a la incertidumbre de nuestro trayecto. El cabo Neira aún no comprendía del todo lo que pasaba. Entre las opciones para encontrar un refugio seguro se vislumbró la posibilidad de entrar a Guayacán, la escuela para el servicio militar de mujeres. El comandante Arrieta miró hacia atrás para saber la opinión de mi abuelo. Una leve negativa con la cabeza hizo que continuáramos rumbo a El Melocotón a pesar que en un principio quería regresar al lugar del ataque. Fue en ese momento que pensé en mi abuela. Ella con su madre habían quedado solas en la casa, y la seguridad disminuía drásticamente con la ausencia de mi abuelo. ¿Cómo se encontrarían? ¿Habrían pasado por lo mismo que nosotros? La incertidumbre de todo lo acontecido se esparcía en el interior de los autos, más aún cuando por la radio se escuchaba el reiterado llamado al grupo de seguridad cercano a la parcela, como a la parcela misma, sin recibir respuesta alguna.

Por fin desde El Melocotón contestaron nuestro llamado. El oficial de seguridad de mi abuela recibía la noticia de lo sucedido cuando ya estábamos a sólo minutos de llegar, y su respuesta despejaba ciertas preocupaciones. La puerta uno estaba ya abierta en sus dos hojas para facilitar nuestro paso. Nuestra entrada fue más rápida que de costumbre, mientras pasábamos frente a la mirada atónita de los comandos, que no creían lo sucedido. Se estaban equipando con armamento de mayor calibre, guardado para situaciones extremas.

Ya estaba completamente oscuro. La noche se anticipaba fría y larga. Ya podíamos divisar las luces de la casa, cuando el comandante Arrieta comentó acerca de la

fortuna de haber contado con aquel auto. Era un modelo más nuevo que el resto de los Mercedes. Aun cuando de igual apariencia, su blindaje era mejor. Quizás los antiguos no habrían soportado la contundencia del ataque. Los autos se estacionaron en la entrada principal, ante la mirada extrañada de los mayordomos. No entendían el por qué de nuestro regreso, hasta que se percataron, en medio de la oscuridad, del estado en que se encontraban los autos.

—Doctor, venga a ver a mi general—. El comandante había visto las heridas que tenía mi abuelo en la mano y en la pierna. Me preguntaron si me había pasado algo, mientras me bajaba del auto y caía la gran cantidad de vidrios que estaba sobre mí. Milagrosamente había salido sin corte alguno.

Acompañé a mi abuelo, mientras, sentado en las afueras de la casa, el doctor le curaba allí mismo sus heridas y le cubría con una venda su mano izquierda. Yo lo miraba con ojos aún ensombrecidos por el miedo. Miraba cómo su sangre corría entre sus manos y me preguntaba cómo yo había logrado salir sin rasguño alguno. Fue en ese momento cuando mis ojos encontraron los suyos. Me miró, y extendiendo su mano ilesa, me abrazó fuertemente, como queriendo devolver el alma a mi cuerpo. Mis palabras aún no salían. Luego de un instante me dijo:

—Ven, vamos a ver a tu abuela.

Su tono me decía lo difícil que sería para ella enterarse de nuestro relato. Me asombraba al recordar la petición de ella de quedarnos un día más. Había sido un real testimonio de la intuición que toda mujer posee.

Ya había comenzado el despliegue de personal para saber sobre la situación en la cuesta. Subimos las escaleras, hacia el dormitorio de mis abuelos. Al entrar a la habitación encontramos a mi abuela, junto a su madre, mirando televisión mientras conversaban. Nuestra presencia cortó de golpe su

diálogo. Ellas, alegremente, se asombraron de ver nuestro regreso, exclamando mi abuela que por fin le habíamos hecho caso y habíamos decidido quedarnos hasta el lunes por la mañana, sin siquiera imaginar lo realmente ocurrido. La noticia les hizo caer en el llanto. Sus rostros se ensombrecieron, mientras con ojos vidriosos seguían atentamente las palabras de mi abuelo, desviando su atención de ellas únicamente al percatarse del ensangrentado vendaje en la mano de él. Poco a poco el breve relato llenó de temor sus miradas. Viendo el impacto que sus palabras ocasionaban en ellas, mi abuelo sólo se limitó a terminar abruptamente la narración, diciendo que, gracias a Dios, nos encontrábamos bien.

Mi abuela nos examinó a ambos, como comprobando por sí misma nuestro real estado de salud. Tras un fuerte abrazo, se atrevió a preguntar por más detalles de lo ocurrido, como también por lo que pasaba en esos momentos en la Cuesta de Achupallas.

La primera información acerca del ataque fue que éste continuaba. Ya habían pasado alrededor de 30 minutos, y en la zona de la emboscada seguían los tiroteos y se confirmaba que habían muerto miembros de la comitiva. Lo cierto era que ya los extremistas habían dejado el lugar y escapado en dirección a Santiago. La información daba cuenta de la confusión que existía en el escenario de los hechos. Los primeros equipos de seguridad que llegaron se encontraron con el desastroso estado de los autos, que seguían incendiándose, mientras había muertos y heridos en el camino. El humo y la noche, sumados a algunos cartuchos de municiones que detonaban producto de las llamas, hicieron prolongar un combate hacia un enemigo que ya había huido.

La confusión en la parcela de El Melocotón continuaba. Los primeros equipos de seguridad llegaron a la casa para constatar que realmente estábamos allí, y también comprobar el estado de salud de mi abuelo. Fue entonces cuando supe que el

auto del capitán Mc-Lean aún estaba en la zona del ataque, junto con el resto de la escolta presidencial. Hablaban de muertos, pero no sabían cuántos eran ni quiénes. Pensé en que muchos de los escoltas que conocía podían haber perdido la vida. Fue por un comentario de alguien al pasar, que preguntaba qué había sucedido con el capitán, como me enteré de su supuesta muerte. El dolor me impactó.

¿Que haríamos? ¿Sería seguro permanecer en la parcela? La cercanía con la ladera norte del cajón nos dejaba a una distancia de tiro para los RPG, decían algunos oficiales, especulando sobre el tipo de armamento con que contaba un enemigo que hasta ese entonces no sabíamos quién era. Pero dejar la parcela también involucraba un alto riesgo: los Mercedes no estaban en estado de emprender otro viaje y sólo se contaba con un auto blindado más, aquel en el cual se trasladaba mi abuela. La incertidumbre se prolongó, aún cuando la información acerca del atentado fue aclarándose.

En esos momentos, las primeras versiones eran transmitidas por las principales emisoras de radio. La noticia comenzó a recorrer todo el país y con extrema rapidez llegó al mundo entero.

Fue por medio de una llamada telefónica que mi madre se enteró de lo sucedido. Ella sabía que yo me encontraba con mis abuelos, pero la información que le daban no aclaraba la situación. Lo único cierto para ella era que habían atacado a la comitiva presidencial y que de ello habían resultado muertos y heridos. No sabía si yo estaba entre ellos, y le resultó inevitable recordar mi llamado de hacía sólo horas, pidiéndole permiso para quedarme en la parcela y no asistir a clases el día lunes. Procuró infructuosamente telefonar a la parcela. Todas las líneas telefónicas estaban saturadas, y la desesperación de no saber cómo nos encontrábamos le llevó a decidir tomar el auto y salir rumbo hacia allá. Su viaje sólo llegó hasta el retén de Carabineros de Las Vizcachas. A partir de allí el camino se

encontraba cerrado, y aun cuando viajaba junto a un escolta le negaron el paso, frente a la posibilidad e incertidumbre de que ocurriesen otros atentados, por lo que se estimaba demasiado riesgoso que siguiera camino hacia el interior del Cajón del Maipo. La imposibilidad de pasar y las reiteradas afirmaciones de que nos encontrábamos sanos y salvos en la parcela apaciguó su angustia, resignándose a regresar a casa.

Por televisión comenzaron a transmitir los extras noticiosos que hablaban sobre el atentado. Todavía las informaciones eran confusas. Se pensaba que nos encontrábamos en Presidente Errázuriz. Se hablaba de un número indeterminado de muertos y de heridos, como asimismo acerca del presunto armamento con el cual contaban los extremistas. Fue por aquella misma señal, por la cual un particular avisó que se interrumpía toda transmisión, y que se daba comienzo al despliegue de seguridad de la unidad antiterrorista Cobra.

—Atención, cítase a reunión del Club Deportivo Papillón de Colina en su sede.

Con este singular llamado se daba aviso a sus integrantes para que se reuniesen y se hicieran cargo de la seguridad en la parcela. Ya pronto llegarían.

La imagen de Francisco Javier Cuadra, Ministro Secretario General de Gobierno, en Canal 7, daba comienzo a la primera versión oficial de lo ocurrido, faltando sólo quince minutos para las diez de la noche. A esa hora ya todo Chile estaba al tanto.

“A las 18:45 de esta noche, en relación al atentado de que fue objeto la columna de automóviles de S.E. el Presidente de la República, en el kilómetro 29 de la carretera G-25, Cajón del Maipo, a la altura de la cuesta Achupallas, en el sector denominado El Mirador, en circunstancias que se dirigía hacia Santiago la columna de automóviles de S.E. el Presidente de la

República, Augusto Pinochet Ugarte, fue atacada por comandos terroristas que, en un número de por lo menos doce personas, emboscó a la columna presidencial, atacando con armamento de diferente naturaleza y calibre, cuyo detalle en la medida de las investigaciones que en la actualidad se realizan, vayan comprobando.

“El Jefe de Estado salió ileso de este atentado y se encuentra en buen estado en su domicilio.”

Mientras las cámaras mostraban cómo el Ministro Secretario General de Gobierno se retiraba, el tenso silencio de la habitación se fue desvaneciendo y nuestras miradas se cruzaron. Ya sabíamos de los muertos. Sólo nos quedaba esperar el lunes.

No recuerdo si la señal era transmitida en directo o fue grabada, pero lo cierto fue que desde una ventana que daba a la entrada principal de la casa vi como un equipo de Televisión Nacional grababa el estado en que habían quedado los vehículos, para después captar las primeras imágenes de mi abuelo, refiriendo cómo se habían desarrollado los hechos. Él, frente a uno de los vidrios de una puerta trasera de un Mercedes, relataba cómo nos habían emboscado y habíamos logrado salir de aquel infierno. Fue durante la exhibición de aquellas imágenes que muchos vieron, o creyeron ver, la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro. Haber salido ilesos era providencial. Eso a mí me constaba.

Entre las constantes informaciones que le daban a mi abuelo, de las cuales yo escuchaba algunas al pasar, le contaron de la preocupación de mi madre por nosotros y de su intento por llegar a la parcela.

—Pobre Lucía, debe estar desesperada— le oí decir, mientras se volvía buscándome con su mirada. —Vamos a llamar a tu mamá— me ordenó.

Ya solos en el escritorio, pidió por medio de la única línea telefónica libre que le comunicasen con mi casa.

—Aló ¿Lucita?—. Comenzó la conversación entre mi madre y mi abuelo. Las palabras de éste narraron detalladamente lo ocurrido, dejando las pausas necesarias para no profundizar en lo innecesario, y así tranquilizar a mi madre. Le explicó que nos encontrábamos sin problemas, habiendo salvado ilesos del ataque, y que si bien todavía no estaba claro, lo más probable era que pasáramos la noche allí, para regresar el lunes temprano por la mañana. Yo permanecía en silencio junto a él, queriendo adivinar lo que decía mi madre, hasta que la voz de mi abuelo me anticipó que hablaría con ella:

—Tranquila, te dejo con él.

Y, dirigiéndose a mí:

—Toma, Rodrigo.

—¿Mamá?— mi voz tembló un poco.

—Rodrigo, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

Al escuchar sus palabras mi voz involuntariamente tendió a quebrarse.

—Sí mamá, estoy bien... pero.... mataron a Juan Mc-Lean....Un leve silencio denotaba la perturbación de mi madre y luego de un instante continuo diciendo.

—No Rodrigo, Juan está herido. Lo llevaron al hospital...

—¡No, mamá! Lo mataron.....

—Tranquilo, mañana cuando llegues vamos a ir juntos a verlo. Él va a estar bien Rodrigo. Debes tratar de tomar lo vivido como un hecho que te hará madurar de golpe. Debes tratar de estar tranquilo. Gracias a Dios estás vivo— continuó diciéndome, mientras sus palabras parecían desvanecerse en mi memoria, como aquella misma conversación. Sólo años después la recordé, ayudado por mi propia madre.

Efectivamente, el capitán Mc-Lean se encontraba vivo, pero su vida pendía de un hilo.

Se había decidido pasar la noche en la parcela. El regreso aún no estaba claro, pero ya era hora de tratar de aliviar la tensión.

Mi bolso todavía estaba en el auto. Éste y el otro Mercedes continuaban en la entrada de la casa. Le pedí a Carvajal que me ayudara a bajarlo, mientras mi mirada se fijaba en los vidrios astillados y en la innumerable cantidad de agujeros que habían dejado las balas en todo el auto, sin darme cuenta de que gracias a aquel hombre aún continuábamos con vida.

Me fui a mi pieza. Ésta parecía más sola que de costumbre. Al revisarme los bolsillos encontré los chocolates que mi abuela me había dado antes de partir. Todos estaban derretidos. No los había recordado. No sé por qué, pero recuerdo mis movimientos como si hubieran sido pensamientos pausados. La confusión y el impacto aún hacían presa de mí. Entré al baño, para ver si mojándome la cara con agua podía despejarme y disminuir la tensión y el miedo que aún tenía. Aterrado, me miré al espejo, mientras echaba a correr el agua del lavatorio. Mi rostro pálido y los ojos nublados me despertaron de golpe. Fue en ese momento cuando tomé conciencia de lo sucedido. Dimensioné lo vivido e inevitablemente un mar de lágrimas brotó de mis ojos. Era la primera vez en mi década de vida, en la que realmente sentía lo que era llorar.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

CAPITULO VIII

8 DE SEPTIEMBRE

El regreso del Jedi continuamente era interrumpido por extras de noticias acerca del atentado, por lo que opté por apagar el televisor y conciliar el sueño. Sin embargo, el ruido de las balas, de las explosiones y de los gritos lejanos todavía repercutía en mi cabeza. Traté de no seguir pensando en lo ocurrido. Luego de dar varias vueltas en la cama, y de despertar todas las veces en que se alzaban las voces de los comandos en las afueras, pude por fin quedarme dormido. Por gracia divina, caí en un profundo sueño de descanso, que me hizo olvidar lo acontecido por lo menos durante unas cuantas horas.

Por la mañana me despertó el mayordomo. No tuve tiempo de recordar por mí mismo cuando ya las aspas de los helicópteros que zumbaban en el aire, sobrevolando los alrededores de la casa, trajeron de nuevo a mi mente todo lo sucedido. Era la mañana del 8 de septiembre, y en cuanto abrí los ojos comencé a percibir movimiento y alboroto en los alrededores. En ese momento el mayordomo me recordó que ya era hora de estar en pie, pues era necesario salir temprano rumbo a Santiago. No comprendí del todo lo que me decía, y ansiosamente quise abrir la cortina metálica que protegía el ventanal de la habitación. En ese momento pude sentir gran cantidad de pasos y carreras, con el singular sonido que hacen las botas militares. A medida que tiraba la cuerda para levantar la pesada cortina, la luz de aquel día comenzaba a iluminar la habitación y de igual forma mi memoria. Así fui recordando cada segundo, cada sonido y cada imagen de aquella tarde del 7

de septiembre, recuerdos que hasta hoy, ya pasados los años, no he podido olvidar.

Cuando abrí las cortinas y miré por la ventana hacia el jardín, las aspas del helicóptero aun no terminaban de girar. El Lama había encontrado un espacio donde aterrizar entre los árboles. Un sinnúmero de comandos se encontraba disperso en diferentes puestos alrededor de la casa. Eran los Cobras, un grupo especial a cargo de la seguridad presidencial en casos extremos. Justo a un lado, en la terraza de la habitación, dos comandos vigilaban mi pieza. Al mirarlos, sus caras me resultaron familiares, tales como las de muchos otros que nos cuidaban. Fue en ese momento cuando recordé las balas y explosiones, como así también al comando que vi a través de la ventana del auto, pegado al cerro, defendiéndonos en ese caos de muerte. Me pregunté si habría salvado con vida.

Voces y movimiento se intensificaron, despejando mis recuerdos, cuando a lo lejos pude reconocer el peculiar ruido que emite el helicóptero Puma poco antes de aterrizar. Al parecer ya estaba definido: el regreso sería por aire.

A esas alturas ya todo el mundo estaba informado del atentado. Todas las agencias internacionales informaban de lo ocurrido, aun cuando había algunas que hablaban de un “presunto atentado”, dejando entrever la posibilidad de un montaje utilizado como excusa para imponer el estado de sitio que se estableció luego de los hechos. Incluso la agencia española EFE, en sus primeras informaciones, ni siquiera hacía mención al atentado, informando textualmente: “El gobierno del general Augusto Pinochet puso hoy a todo el territorio chileno en estado de sitio, a un año y casi tres meses después de haber sido levantado por última vez. La ocasión anterior en que Chile vivió el estado de sitio comprendió el período entre el 6 de noviembre de 1984 y el 16 de junio de 1985. La decisión de decretar el estado de sitio se adoptó al finalizar una reunión del consejo de ministros, presidida por el secretario del interior Ricardo García.”

En aquel entonces no entendía el por qué de tal error en la información. Sólo los años me dieron la respuesta.

El helicóptero comenzó a elevarse poco a poco. La emoción que me significaba volar se veía obstaculizada por angustia y miedo. La tensión dentro de la cabina se podía percibir en el aire. Todos sabíamos que tomar la decisión de cómo regresar a Santiago había sido muy difícil, ya que el helicóptero podría ser objeto de un ataque tierra-aire, como oí decir a algunos oficiales durante la mañana. La capacidad de armamento demostrada la tarde anterior avalaba esta hipótesis, pero aun así, era el medio más seguro.

A medida que tomábamos altura pude ver los hermosos contrastes de colores entre las pequeñas flores de los almendros y los áridos suelos del cerro. La primavera se anunciaba. La casa ya se alejaba, junto con el gran despliegue de personas que la rodeaba tanto a ella como a todo el terreno colindante. El pequeño helicóptero Lama nos escoltaría hasta llegar a Santiago.

El vuelo fue algo movido, no sé si se debió a condiciones climáticas o a maniobras de los pilotos para evadir eventuales ataques. De vez en cuando se podía divisar el Lama, que igualmente iba surcando el aire a muy baja altura sobre las laderas de los cerros, como queriendo anticipar y prevenir otra tragedia.

El largo cordón de cerros que conforman el Cajón del Maipo se alejaba. Santiago se apreciaba desde el aire. No alcanzaron a pasar un par de minutos y el Puma realizaba una cerrada curva por sobre la manzana donde se encuentra la Escuela Militar, para así preparar el aterrizaje. Desde la cabina el escenario de las personas en tierra era similar al que dejamos en nuestra partida.

La confusión era extrema. Al bajar del helicóptero un sinnúmero de personas nos esperaba. Todos uniformados, se acercaban a mi abuelo con una evidente preocupación

mezclada con curiosidad para comprobar por sus propios ojos la verdad de haber salido ilesos. La venda en su mano era el único indicio externo de lo vivido, y la demora en partir rumbo a la casa la supuse motivada por la entrega de nueva información acerca de los hechos. Entre toda esa gente apareció un hombre de uniforme cuyo rostro y nombre no recuerdo; se me acercó, y al estar a mi lado se agachó, doblando sus piernas para quedar a la altura de mis ojos.

—¿Tú ibas en el auto?

Pregunta que, a partir de ese día y hasta varios años después, me apretaría la garganta. Sólo asentí con la cabeza, mirando a mí alrededor, añorando que nos fuéramos cuanto antes hacia la casa. El solo hecho de pensar en tener que relatar lo ocurrido traía a mi memoria recuerdos que de sólo pensarlos me atemorizaban.

—Toma esto: es un recuerdo de lo que te tocó vivir—dándome un bello corvo de empuñadura de madera, para ser utilizado como adorno. En esos momentos lo menos que quería era recordar lo vivido, pero los años fueron permitiéndome interpretar el verdadero sentido que aquella persona le daba al obsequio y entender su gesto.

No tenía del todo claro quiénes habían sido los que cayeron muertos la tarde del siete de septiembre. Busqué el periódico, para saber si allí algo salía. La foto en la portada de uno de los heridos entrando al hospital Sótero del Río me hizo imaginar la horrible situación que tuvieron que haber encontrado aquellos que primero llegaron en su auxilio. El lugar en donde había sido el atentado evidenciaba la magnitud del ataque, el asfalto ennegrecido de la carretera, restos humanos despedazados por los explosivos, hoyos de 20 centímetros de diámetro producidos por las granadas, junto con sangre y vidrio por doquier ensombrecían la escena. En la cuesta se encontró parte del armamento utilizado; 10 envases de lanzacohete Low vacíos, de los cuales sólo dos no habían

detonado, siendo uno de ellos el que había impactado de lleno a uno de los Mercedes, dos lanzacohetes Low sin disparar, 7 cargas de dinamita de 350 gramos cada una y 2 granadas de mano formaban sólo parte de todo lo que los terroristas poseían para cumplir con su sangrienta misión.

En el interior del diario, entre las numerosas páginas que informaban del hecho, mi vista sólo se detenía en los titulares, cuando entre ellos quedé mirando fijamente las fotografías de quienes habían sido asesinados en el brutal ataque. Uno a uno examiné los familiares rostros de aquellos hombres que formaban parte de mi infancia. Fui recordando. Con cada uno de ellos tenía recuerdos distintos. Sin embargo, fue el rostro de Cardenio Hernández el que más me estremeció. Era él con quien yo había departido durante la mañana del 7 de septiembre junto a la averiada motocicleta. Me costaba creer que ya no lo podría ver más. El recuerdo de aquella breve conversación quedó para siempre en mi memoria. Una tremenda angustia recorrió mi ser y pensé en el incomparable dolor que su familia debía estar viviendo en esos momentos. Detrás de cada uno de los caídos en la cuesta de Achupallas había familias: padres, esposas e hijos. Eran las víctimas directas del dolor que causaba la violencia en nuestro país.

Chile estaba convulsionado. Muchas personas especulaban en torno a cuál habría sido la situación si el acto terrorista hubiese alcanzado con su objetivo: matar a mi abuelo. Éste, con seguridad, era el primer paso de una planificación extremadamente detallada, cuya finalidad se centraba en generar un estado de agitación social que, sumado a una escalada de violencia por parte de grupos extremistas- los cuales contaban con gran cantidad de armamento provisto por la internación de armas de procedencia cubana- hubiese llevado a Chile a un derramamiento de sangre innecesario.

Si bien todas estas hipótesis sólo llegaron a ser palabras y no hechos, también se habló por parte de los grupos políticos

izquierdistas de un montaje cuidadosamente planeado por el gobierno militar para, con ello, poder justificar una mayor represión. Tanto fue así que los medios de comunicación de izquierda se referían al atentado como el “tongo” o “el gran montaje”. Incluso yo mismo escuchaba cómo en radios opositoras hacían bromas a mi costa a raíz de lo ocurrido:

—Cuando le preguntaron al nieto que iba en el auto si le dio miedo, este respondió: “La verdad es que me asusté más en el ensayo”.

Sólo la publicación de una entrevista en un medio extranjero a uno de los terroristas que había participado en el atentado, terminó con las dudas que algún chileno pudo haber tenido acerca de la veracidad de los hechos. Incluso algunos miembros de la Iglesia Católica habían manifestado su incertidumbre, a pesar de que el propio Santo Padre repudió el hecho el mismo día 8 de septiembre.

La entrevista al participante en el atentado fue publicada el 18 de septiembre por el periódico italiano “Corriere della Sera”. Era el testimonio de un miembro del Frente, quien decía llamarse Juan Carlos. Según él, todos los que habían participado en el ataque ya se encontraban en el extranjero, específicamente en Cuba.

Tal como mi madre me lo había dicho, al día siguiente del atentado fuimos a ver a los heridos. Sentía la necesidad de visitarlos y de ver cómo se encontraban. Era una humilde forma de agradecerles su valor, de que vieran por sí mismos que gracias a ellos me encontraba sano y salvo. Uno a uno fuimos visitándolos, mientras en los pasillos del hospital un sinnúmero de periodistas cubría nuestros desplazamientos. Íbamos mis abuelos, mi madre y yo. Al pasar entre los reporteros, sus susurros acerca de si yo era o no quien había estado en el ataque me hacían apartar de ellos.

Todos aquellos a quienes pudimos ver aquella mañana coincidieron en algo que nos decía cada uno por separado: “Sólo me preocupaba la seguridad de usted, mi general, que iba con Rodrigo”.

Verlos me llenó de emoción, pero fueron las palabras del joven teniente Tavra las que me llenaron de admiración hacia su coraje. Cuando ya dejábamos la habitación del hospital en donde se encontraba, se dirigió a mi abuelo. Según los recuerdos que guardé en mi memoria, le dijo: “No se desanime mi general, siga adelante.....”

Me recorrió un estremecimiento, mientras agradecía a Dios que hubiese salvado con vida.

No solamente nuestra familia había quedado impactada frente a la magnitud y forma de cómo se había llevado a cabo el atentado, todo Chile fue testigo de los alcances del terrorismo en el país, de su real dimensión, como también de que ciertamente representaba un peligro para el bienestar y convivencia de los chilenos. El objetivo era asesinar al Presidente de la República de Chile, y estuvieron muy cerca de lograrlo. El atentado era una muestra de una verdadera guerra, no de condiciones normales, sino bajo límites distintos a los conocidos en una guerra regular. Es por ello que durante los días previos al ataque, no era de extrañarse escuchar a mi abuelo decir:

- Esto es una guerra!

Así lo era, una guerra irregular, en donde el enemigo no está claramente identificable y no escatima en utilizar métodos que involucren la muerte de personas inocentes al conflicto, el terrorismo había dado el mayor remezón a Chile y mi abuelo no estaba dispuesto a que fuera el país el que más se viera perjudicado por el actuar de grupos extremistas que, como ya lo habían demostrado, se encontraban altamente capacitados y entrenados para cumplir con sus objetivos.

CAPITULO IX

REGRESO A LA CEREMONIA

Las palabras del sacerdote me parecían lejanas, pero suficientes como para despertar de mis recuerdos, de mi memoria. Ya no era monseñor Florencio Infante quien presidía la ceremonia. Al mirar a mi alrededor contrasté los recuerdos que todavía eran recientes con las caras tan familiares, pero afectadas por el pasar de los años. Ya no era el niño de 10 años el que estaba allí.

Saludarlos crea un sentimiento ambiguo. Saber que están bien aquellos que arriesgaron sus vidas me produce un sentimiento de felicidad. Pero la impresión, a la vez, de ver sus rostros únicamente en aquella fecha, mezclada con el inevitable surgimiento de tristes recuerdos, no importando cuántas veces pasaron por la mente dentro de esos minutos, vuelven con igual fuerza a apretar la garganta, el corazón. Un silencio prolongado anunciaba el pronto sonar de los clarinetes, uno a la vez. Con fúnebres acordes sonaban en espacios de tiempo y lugares distintos, acentuando lo emotivo del acto. El nudo en la garganta me apretaba el pecho y las solitarias lágrimas brotaban, haciendo caso omiso de mi porfía, mientras en los alrededores de donde se ubicaba el pequeño toldo, instalado para proteger a los asistentes al acto, se iba acumulando una fina capa de nieve que cubría las laderas de los cerros y las mismas lápidas recordatorias con los nombres tallados de aquellos que fueron asesinados hacía doce años.

Un año más había pasado desde la fecha en que sufrimos el cobarde ataque. Si bien nuestras palabras se pierden entre conversaciones ajenas a la razón del encuentro, el sentir

que cada uno vivía su pequeño recuerdo de los momentos que individualmente lo marcaron y le dejaron huella, me daba la sensación de no estar solo en aquel angustioso recuerdo. Tanto tiempo había pasado que el dolor de la memoria ya era algo menor, y los pensamientos hipotéticos formaban parte de la misma.

Creo que cuando se viven momentos que afectan y angustian el alma, éstos convergen en un sentimiento único que los abarca a todos, generadores de tan triste sentimiento, como si fuesen el combustible de una misma llama que quema el cuerpo, que arde en el interior de la persona. Todos, en algún momento de nuestras vidas, estamos destinados a sufrir y pasar por soplos de angustia. Aunque ésta sea individual e incomparable, forma parte del ser humano, y el respeto a quien la padece enseña a madurar el propio dolor.

Ver el esfuerzo que hacía mi abuelo, soportando el intenso frío, aguantando el dolor físico que le significaba caminar, para poder hacer el gesto de colocar las flores frente a las placas recordatorias de los caídos, se sumaba a la intrínseca angustia del acto.

El tiempo nos había hecho cambiar a todos. Chile, como el mundo, era distinto. Una guerra fría concluida, el muro de Berlín en el suelo, ideologías que se derrumbaban ante la evidencia empírica de su fracaso, hacían que el ambiente del mundo de aquellos años fuera muy distinto a la era globalizada en que hoy vivimos, en donde patrones ideológicos convergen y la violencia como medio para alcanzar objetivos es rechazada por todos los sectores. Incluso nuestro país no era el mismo de mediados de la década de los ochenta. Los acontecimientos políticos ocurridos durante esos largos doce años pueden apreciarse hoy con una mirada muy distinta a la que uno podría haberse imaginado en aquel entonces. Mi abuelo, entregando el poder luego de reconocer la derrota en el plebiscito de 1988. Aquella imagen en la cual, en el Congreso Nacional se

efectuaba el cambio de banda presidencial. El posterior indulto presidencial a los que participaron en el atentado. Sucesivos gobiernos de la Concertación. La entrega de la Comandancia en Jefe del Ejército y el juramento como senador vitalicio habían sido sucesos que marcaron la historia de Chile, y que involuntariamente me tocó vivir de muy cerca. Sin embargo, aún quedaba un hecho que dejaría huella en nuestra historia y un profundo sufrimiento para nosotros, nuestra familia: Londres.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

Mi concepción de la política

El siglo XX fue sin lugar a dudas uno de más significativos en la historia de la humanidad. Tras grandes cambios sociales, políticos, económicos y también tecnológicos, gran parte de los países de occidente reconocieron en la democracia liberal cualidades que la caracterizaban como el más adecuado sistema de gobierno. La otrora guerra fría tuvo un claro vencedor, y América Latina no estuvo exenta a ese conflicto. Hoy en día aquellos vehementes discursos que proliferaron en las décadas de los sesenta y setenta, en donde se llamaba a la violencia para el logro de objetivos políticos, serian absolutamente incomprensibles, por ello, quienes los dictaban y fomentaban han sabido callar, dejando que el manto del olvido borre de la memoria de la sociedad aquellas conductas. Hoy en día no escucharemos la virulencia de antaño, no obstante, aun hay quienes no se dan por vencidos en imponer una ya errada ideología, comprobadamente fracasada.

Los cambios políticos y sociales conllevaron a cambios económicos en base al libre mercado, es decir, a la libertad de las personas de interactuar y determinar la asignación de los recursos en una economía. Estos logros económicos tuvieron como resultado avances tecnológicos que derivaron en la masificación de los mismos en una población en exponencial aumento. Así comienza a surgir el fenómeno de las masas y su participación en la política dentro de la democracia. La tecnología ha otorgado a los medios de comunicación de una mayor cantidad de herramientas para transmitir información a la mayoría de la población y a su vez son los mismos medios

de comunicación los que pretenden conocer al detalle esta gran masa de gente con el objeto de interpretar, e incluso influir en sus preferencias y gustos, ya que será ella, la población, la que asignara los recursos económicos que sustentan a los propios medios de comunicación.

De esta forma los medios han adquirido una rol bidireccional de transmitir información a la población como también recibir información de ella e interpretarla, siendo los sondeos de opinión y las encuestas el principal método para ello. La demoscopia es el estudio de las opiniones, aficiones y comportamiento de la población por medio de las encuestas. Palabra cuyo origen griego nos revela su propósito: “Demos” de pueblo, y “Skopeín” de espiar, es decir, espiar al pueblo en su comportamiento y preferencias. Cabe señalar que el “demos” griego dista mucho de lo que hoy son las masas.

El vulgo o las masas por definición se conducen bajo la influencia de la emoción y de la pasión ya que solo refleja lo que abunda en la naturaleza humana. Pongo como ejemplo lo que pareciera ser nuestra pasión nacional: el fútbol. Basta que nuestro seleccionado pierda un partido ante algún rival abordable para que la gente califique a todos los jugadores, sin excepción, y al entrenador, como lo peor. Dos días después, si a la selección derrota a un rival superior, aquella misma masa recalificará a todos los miembros del seleccionado como los mejores del mundo, capaces de triunfar ante cualquiera. Es ante estas situaciones que al fútbol algunos lo denominan como “pura pasión”. Es esta característica emocional lo que hace a la masa tan cambiante y vacilante.

Ante este escenario el político ha sucumbido. Vemos como la política es conducida y gestionada con el propósito de interpretar a la masa, de representar sus preferencias, sus gustos y antojos. Se ha desplazado la proposición de ideas y

proyectos, dar a conocer, explicar, razonar y convencer acerca de lo adecuado o no de la dirección que tome el país en aspectos políticos, económicos, sociales y sobretudo valóricos. El político se ha transformado en un receptor de las tendencias del instante y de la moda imperante, un presunto interprete de la gran masa, utilizando a los medios de comunicación como principal herramienta de traducción de esos mensajes, y pretendiendo también congraciarse a través de los mismos. La mediatización de la política. Peor aún, considera esa interpretación como la esencia del proceso democrático: “la democratización de la política” dicen, y por ende se esmera en profundizarla. Pareciera no estar dispuesto a tomar decisiones sin antes sondear la emotividad del momento, se ha diluido la convicción y el compromiso de largo plazo, la relatividad abunda en desmedro de la congruencia. Se persigue despertar simpatía en la masa a toda costa, siendo este atributo más valorado y meritorio que cualquier otra condición de capacidad o experiencia.

Concebir la política de esa forma da como resultado una conducta de los políticos similar a aquella que posee la masa: errática, cambiante y muchas veces contradictoria. Por ello no debemos sorprendernos cuando vemos a políticos de izquierda actuar como de derecha y viceversa. Tampoco debe llamarnos la atención cuando vemos a políticos dedicar varios minutos en la pantalla de televisión demostrando sus condiciones de canto, actuación, o dominio del balón. Lo simpático predomina por sobre la seriedad y el rigor, el carisma es entendido como aquello que simplemente cae bien y entretiene. Siendo las encuestas la herramienta de selección de la clase política. Es por esto último que el respeto a la autoridad pareciera no existir en las nuevas generaciones por lo que denigrar a un ministro de Estado al empaparlo con jarro de agua no despierta mayor rechazo entre la juventud.

Paradójicamente el resultado de este tipo de gestión en política la ha llevado a ser considerada como una de las actividades más desprestigiadas por la población. Un ejemplo más de la emotividad de la masa y de sus contradicciones. La alta aprobación a la persona de la Presidenta Bachelet considerada como espontánea y simpática, se contrapone al alto rechazo de su gobierno siendo otro ejemplo de sincera emotividad humana.

Debo también destacar que el uso de los sondeos y las encuestas como herramienta de selección de la clase política sumado a los escasos requisitos para ejercer la actividad política ha resultado en un creciente deterioro en la capacidad de gestión de nuestras autoridades. A pesar de ser la política la actividad de mayor relevancia e impacto para el país, las exigencias académicas para ejercerla se mantienen muy bajas. Pongo como ejemplo las exigencias para ser diputado: 21 años de edad y enseñanza media completa, estas son las únicas exigencias para quienes poseerán entre sus manos la decisión de lo bueno y lo malo para nuestra sociedad. Incrementar las exigencias para el ejercicio parlamentario no tiene relación con discriminación alguna, si no en la calidad y el nivel que pretendemos tenga nuestros políticos.

El real y honesto desafío para quienes queremos entrar en política será expresar y manifestar nuestras ideas y planteamientos utilizando todas las herramientas posibles para llegar a la masa de la población, evitando la tentación de congraciarse con ella. El primer y esencial cambio en política será el uso que se le da a las herramientas de información y a los medios de comunicación, pasando de traductores de las preferencias y antojos de la población a instrumentos de difusión, propagación, y expresión de las ideas que el político pretende representar. Siendo los sondeos y encuestas solo una

herramienta de evaluación de la capacidad del político por dar a entender sus ideas y no una herramienta de selección.

Creo que el político debe evitar doblegarse ante el encanto momentáneo que produce simpatizarle a la masa. Debe mantener la seriedad en la política, entendida ésta como la seriedad de gestión y control. Seriedad en los planteamientos, en el discurso, la acción, y por sobretodo en el compromiso con ella.

Su rol debe enmarcarse en expresar sus ideas, sus valores, y convicciones, sus proyectos y estrategias, su visión de país en el largo plazo y la forma para llegar a ello. Expresar con éxito estas ideas no implica interpretar los gustos o antojos de la población, sino lograr que ella, o parte de ella, se sienta representada por él, y por ende, le entregue su apoyo electoral. Ver la política en forma seria implica no buscar congraciarse con la masa ya que ello no tiene como fin obtener poder para implementar un ideal de país, sino solo la obtención del poder por el poder.

Algunas propuestas

Corrección de incentivos incorrectos

En política existen incentivos que derivan en conductas cuestionables que en nada contribuyen a una correcta gestión de la actividad, avalando con ello el desprestigio por parte de la población de nuestra clase política.

Por ejemplo, hoy en día la nominación de un candidato a diputado pasa por el beneplácito de la cúpula partidista y no por el sentir de la ciudadanía de su respectivo distrito. Esta

situación genera que la persona nominada por el partido tenga el incentivo de congraciarse y rendir cuentas a la cúpula partidista por sobre a sus electores ya que tampoco ve amenazada mayormente sus opciones debido a la carencia de competencia. De esta forma, el diputado posee un incentivo incorrecto de rendir cuentas a la cúpula por sobre al electorado ya que de ella depende su próxima nominación y por ende su permanencia en el cargo. Esta situación hace que la ciudadanía se vea desplazada en el orden de las prioridades del político. Este incentivo puede corregirse aumentando la cantidad de competidores por listas o implementando y legalizando primarias. De esta forma el proceso de nominación no es de exclusividad de las cúpulas y por ende el incentivo a rendir cuentas a ellas desaparece. La evaluación en el desempeño del cargo se traslada desde la dirigencia de los partidos a sus bases, eliminando, a lo menos en gran medida, la dependencia del cargo parlamentario a las cúpulas partidistas.

Voto voluntario, inscripción automática, pero sufragio en Chile.

Mucho se ha discutido acerca de las restricciones que impone nuestro sistema electoral respecto a la inscripción en los registros y la obligatoriedad del voto. Muchos son quienes le atribuyen a estos aspectos la razón por la cual millones de personas, la gran mayoría jóvenes, no participan en los procesos electorales. En nuestro país, de un universo aproximado de 10 millones de personas con derecho a voto, sólo 8 millones se encuentran inscritos en los registros electorales. Es decir, dos millones de personas no ejercen su sufragio quedando excluidas de los procesos políticos del país. La mayoría de estas personas son jóvenes por lo que el envejecimiento del padrón electoral ha sido una constante desde 1988. Al no ejercer los jóvenes el sufragio, no existe

para la clase política incentivo alguno por representarlos ya que quienes finalmente son quienes evaluarán su desempeño son las personas mayores y no la juventud. Esta situación conduce a un círculo vicioso, ya que la clase política, al no tener incentivos por representar a la juventud, ésta tampoco ve en la política proyectos que la representen, por lo que no tiene incentivo en participar.

La inscripción automática y el voto voluntario permiten derribar barreras de entrada o el “costo” para que los jóvenes ejerzan su voto, generando con ello un incentivo para que la clase política exponga proyectos que los representen, incentivando a los jóvenes a participar. La implementación de la automatización de la inscripción conlleva el riesgo de perder legitimización del padrón, situación que puede generarse al delegar dicho proceso en el registro civil y no en el electoral, ya que el primero depende directamente del gobierno de turno.

Extrañamente, muchos políticos abordan este tema incluyendo como parte indivisible del debate el voto de chilenos en el extranjero. Asunto total y completamente diferente a la inscripción automática y voto voluntario. Quienes participan de los procesos electorales deben verse afectados por los resultados de los mismos, sean estos buenos o malos, ya que de lo contrario el proceso de evaluación de la gestión política no es posible realizarlo en forma correcta. Podemos poner como ejemplo proyectos como el Transantiago o iniciativas de alzas de impuestos. En ambos casos quienes voten en el exterior, pudiendo definir una elección, no se verán afectados por las consecuencias –insisto, buenas o malas- de las políticas públicas aun cuando tuvieron responsabilidad en elegir a quienes las implementaron. Basta con preguntarse, ¿cómo aquel chileno radicado en Suecia puede evaluar el Transantiago si diariamente no utiliza dicho transporte, a

diferencia de gran parte de las personas que viven y trabajan en Santiago?

El papel del Estado.

Cada vez que compramos algún producto, por pequeño y barato que sea, a lo menos un 19% de su valor va a las arcas fiscales. No solo cuando gastamos se nos cobra impuesto, sino también cuando ganamos nos expropian parte de nuestro dinero. El cobro de impuestos es una actividad legítima por parte del Estado como también es legítimo exigirle un eficiente uso de los mismos y una adecuada rendición de cuentas.

Pobre de aquel que intente negarse a aquella expropiación ya que el Estado ejercerá todo su poder en su contra, sin embargo, pocas son las consecuencias cuando el Estado no cumple con un eficiente uso de los recursos o no transparenta sus gastos. Estos han sido el tema detrás de la famosa “modernización del Estado”, la cual ha sido más un bonito y bien intencionado discurso que una realidad.

Mientras más grande es el Estado mayor cantidad de recursos requiere y por ende mayores impuestos impone. Sin embargo, un Estado grande incrementa las posibilidades de un mal uso de los recursos o lisa y llanamente aumenta las posibilidades que surja corrupción.

Considero que el papel del Estado debe enfocarse en proveer el acceso a toda herramienta que permita el desarrollo educacional, profesional, empresarial de la población, siendo su prioridad los sectores más vulnerables carentes de todo acceso a estas herramientas y cuya condición primaria los deja en desventaja frente al resto de la población. Dar acceso a

estas herramientas no implica que el Estado sea quien las construya.

La no legalización del aborto

Ser parlamentario implica tener la enorme responsabilidad de determinar el bien y el mal en una sociedad. Tan importante tarea no puede quedar ajena a los principios y valores, los cuales son pilares fundamentales en una sociedad. Cualquier debate acerca de temas tan fundamentales como el derecho a la vida y su protección, debe plantearse de manera clara y directa. Quienes pretenden la legalización del aborto tienen todo el derecho de plantear su discusión y debate público con el objeto que el electorado se forje una opinión al respecto, y a su vez conozca las argumentaciones que guían a sus autoridades o futuras autoridades. Hago hincapié en el hecho que el debate del tema no debe empañarse o encubrirse bajo definiciones ambiguas o relativas. Debemos ser claros, hablar de aborto terapéutico es hablar lisa y llanamente de aborto. Agregarle adjetivos al aborto no es más que confundir el tema central, el cual es el derecho a la vida. La palabra “terapéutico” hace que se desvirtué el efecto real que produce el aborto, induciendo un componente curativo al hecho de matar a quien está por nacer. ¿Qué enfermedad cura el aborto? Por ello, si pretendemos debatir el tema hablemos primero de manera directa y clara, con la verdad y sin ambigüedades. Quienes defendemos la vida deberemos hacerlo sin temor alguno, ya que los fundamentos que la protegen son sólidos y contundentes. Es por esta misma razón por lo cual quienes pretenden mermarla no lo hacen de manera directa y clara, ya que bajo la utilización de ambigüedades es que logran levantar sus pobres argumentos.

Todo indica que el tema del aborto será parte permanente del debate en estas elecciones. Por medio del mi página web he recibido el siguiente comentario firmado por “Pedro” pero sin dar un correo electrónico dónde poder responderle, por ello, expongo el comentario y mi respuesta a continuación.

Descentralización

“Santiago no es Chile”, suele ser el dicho que escuchamos cada vez que alguien pretende dar relevancia a sucesos, actividades o hechos que ocurren en alguna ciudad de nuestro país que no sea nuestra capital. Lo cierto es que más allá de una frase cliqué, la verdad es que para muchos Santiago sí es Chile. Basta con ver la concentración demográfica, económica y política generada en la ciudad para comprobar que nuestra capital aglutina la mayor parte de las actividades del país. Todo pareciera girar en torno a Santiago e incluso los problemas que sufren regiones como la Araucanía son percibidos por las autoridades de la capital como asuntos aislados cuya dedicación a solucionarlos es claramente desplazada por los surgidos, por ejemplo, por pequeños grupos sociales que logran llamar la atención al protestar frente al domicilio de la Presidenta o tomarse una ribera del río Mapocho durante varias semanas. Meses, sino años, hemos dedicado tiempo y enormes recursos monetarios para solucionar el monumento progresista llamado Transantiago, el cual significará hasta el 2015 dineros suficientes como para realizar Teletones consecutivos desde el año 2000 hasta el 2150, es decir, durante un siglo y medio. En el ámbito político, por ridículo que suene, no han sido pocos los parlamentarios que tras ser sorprendidos viajando a exceso de velocidad desde o hacia Valparaíso, han culpado de su falta a que el Congreso no se encuentre en Santiago.

Lo delicado del asunto es que todos, santiaguinos como provincianos, reconocen en la centralización un problema real y cuyas consecuencias año a año son palpables. Santiago colapsa, nos ahogamos en nuestros propios desperdicios tóxicos, nos irritamos ante el más mínimo estímulo contra nuestros conciudadanos, el crecimiento de la ciudad ha destrozado la ya exigua identidad de algunos barrios, y el colapso vial pareciera cada día más cercano. Pero, ¿qué hacemos para enmendar el rumbo?

La oratoria de la clase política suele referirse al problema pero su accionar en ello es limitado o nulo. ¿Acaso debemos ser testigo de un colapso total de nuestra capital y una decadencia irremediable de nuestras regiones para que finalmente nuestras autoridades hagan algo real por la descentralización?

Como futuro parlamentario pretendo ser un activo político que promueva la descentralización real de nuestro país, y medidas para avanzar en ello existen. En el ámbito político debe existir una descentralización de las autoridades. Intendentes y gobernadores deben dejar de ser nombrados y subordinados por la autoridad central, dejar de rendir cuentas a Santiago para ser elegidos democráticamente por cada una de sus regiones. Al ser electos por las regiones, las autoridades deberán rendir cuentas a la población local y no al presidente o partido que lo designó.

La descentralización política debe ir de la mano con la descentralización económica, por ello, el manejo de sus propios presupuestos es vital para poder asignar los recursos en sectores que la propia región decida. Cada región de nuestro país posee riquezas que debieran traducirse en recursos para las mismas: La minería en el norte, los puertos en el centro y las forestales en sur, por ejemplo.

En este mismo sentido, la descentralización política y económica debe ir de la mano con una descentralización social. El uso de incentivos tributarios para el fomento de emprendimientos regionales debe ser aplicado con decisión. Estos incentivos no solo deben circunscribirse a empresas sino a la población general que habita en regiones. La evaluación de impuestos diferenciados en regiones, por ejemplo, un menor IVA, es una herramienta que incentiva tanto a la creación y operación de empresas regionales como a trabajadores y profesionales que busquen vivir en ellas. El fomento habitacional mediante exenciones tributarias para personas mayores o jubiladas que deseen adquirir viviendas y vivir en regiones es otra medida que contribuye a la descentralización.

Las anteriores son solo algunas de las tantas medidas que podrían aplicarse en búsqueda de una real descentralización del país, pero que parecieran no considerarse a la hora de abordar el tema. Estas deben ser introducidas cuanto antes ya que cada día que pasa revertir el proceso centralizador se hace más difícil y costoso, y es responsabilidad de quienes pretendemos ejercer la política liderar este proceso.

Librospinochetistas.blogspot.com
Telegram @Libros_Pinochetistas

OTRAS OBRAS PUBLICADAS POR GARCÍA PINOCHET

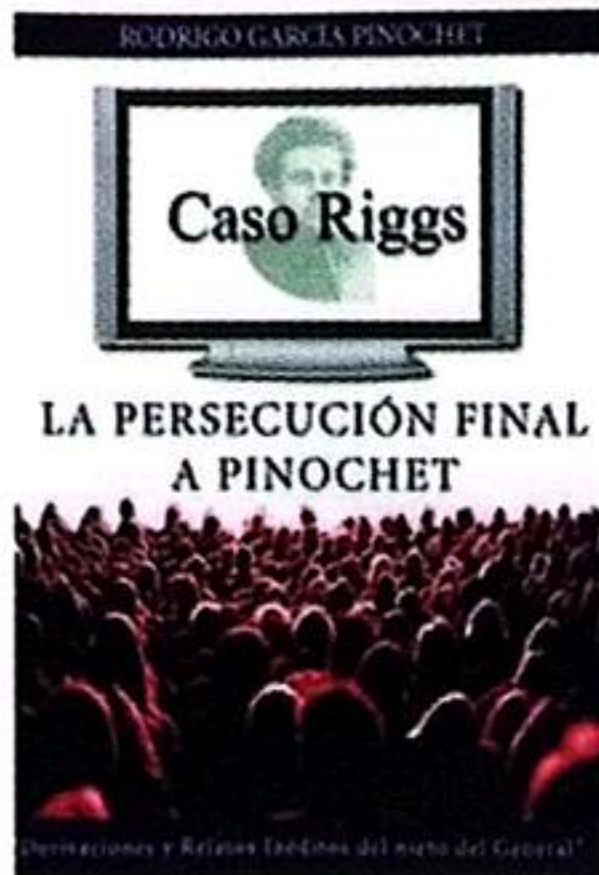


EL PROGRESISMO. DESAFÍO DECISIVO PARA UNA NUEVA DERECHA. (2009).

¿NO HAY DERECHA SIN HERMÓGENES?

CON ESTA INTERROGANTE COMIENZA GARCÍA PINOCHET EL ANÁLISIS ACERCA DEL PROGRESISMO. A PARTIR DEL RETIRO DEL RECONOCIDO COLUMNISTA DE DERECHA, HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE, VA DETALLANDO UN ESCENARIO POLÍTICO BAJO LA INFLUENCIA DE UNA NUEVA IZQUIERDA HOY DENOMINADA COMO PROGRESISTA. SU MANIFESTACIÓN EN NUESTRO PAÍS Y SUS NUEVAS BANDERAS DE LUCHA YA NO ARRAIGADAS EN UN MODELO ECONÓMICO SINO VALÓRICO, GENERAN UN NUEVO ESCENARIO POLÍTICO BAJO ESTE NUEVO ESQUEMA Y REORDENAMIENTO DE LAS FUERZAS POLÍTICAS. EL AUTOR ADVIERTE DE LA AMBIGÜEDAD DE LA DERECHA COMO CONTRA PARTE AL PROGRESISMO ANTE ESTE NUEVO DESAFÍO.

¿HABRÁ QUIENES RECONOZCAN Y ENFRENTEN ESE RETO, DESAFÍO QUE CONSISTE EN BUSCAR UNA NUEVA IDENTIDAD, UN NUEVO PROPÓSITO, UN NUEVO FIN QUE PERMITA LEVANTAR NUEVAMENTE UNA BANDERA DE LUCHA, UN NORTE POR SEGUIR Y UNA VISIÓN DE PAÍS CON VALORES Y PRINCIPIOS CLAROS QUE DEFENDER? SE PREGUNTA GARCÍA PINOCHET.



CASO RIGGS. LA PERSECUCIÓN FINAL A PINOCHET (2007).

POR MEDIO DE LA INTERCALACIÓN DE UN RELATO DE LOS HECHOS QUE DEBIÓ VIVIR A RAÍZ DEL CASO EN CUESTIÓN, Y DERIVACIONES POLÍTICAS DONDE ANALIZA CONCEPTUALMENTE DICHOS HECHOS, GARCÍA PINOCHET OBSERVA LA INFLUENCIA DEL PENSADOR ANTONIO GRAMSCI EN LA IZQUIERDA CHILENA Y DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN EN LO QUE DENOMINA LA IMAGEN PINOCHET. .



EL FIN DE LA CONCERTACIÓN (2007). COMO SU TÍTULO LO ANUNCIA, GARCÍA PINOCHET ANALIZA EL OCASO DEL CONGLOMERADO POLÍTICO DE IZQUIERDA A PARTIR DE LA DISOLUCIÓN DE SU PRINCIPAL AMALGAMA, LA FIGURA DE AUGUSTO PINOCHET, Y EL DESGASTE DE 20 AÑOS DE GOBIERNOS DONDE LA CORRUPCIÓN HA CORROÍDO EL APARATO PÚBLICO. SIN EMBARGO, ADVIERTE ACERCA DEL PELIGRO QUE IMPLICA PRETENDER ESTAR INMUNE A UNA ENFERMEDAD QUE PROLIFERA EN LATINOAMÉRICA: EL POPULISMO.

EL SIETE DE SEPTIEMBRE DE 1986 LA COMITIVA DEL ENTONCES PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, CAPITÁN GENERAL AUGUSTO PINOCHET UGARTE, FUE SORPRESIVAMENTE ATACADA POR UN COMANDO TERRORISTA EN LAS INMEDIACIONES DEL CAJÓN DEL MAIPO. EN EL LUGAR FUERON ASESINADOS CINCO DE SUS ESCOLTAS. JUNTO A ÉL VIAJABA SU SÉPTIMO NIETO, RODRIGO, DE SÓLO 10 AÑOS DE EDAD, QUIEN FUE TESTIGO DIRECTO DE AQUEL SANGRIENTO Y MORTAL ATENTADO.



COMO LO DICE SU PROLOGO, ESCRITO POR HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE, EL LIBRO ES "UN VALIOSO TESTIMONIO HISTÓRICO" EL CUAL, A TRAVÉS DE UN RELATO SENCILLO RODRIGO GARCÍA PINOCHET CUENTA DETALLES Y MOMENTOS INÉDITOS QUE SOLO ÉL PUDO RECOGER Y QUE LA HISTORIA NO PODRÁ IGNORAR.

DESTINO FUE PUBLICADO POR RODRIGO GARCÍA PINOCHET EN EL AÑO 2001, EL PRESENTE TEXTO RECOGE PARTE DEL TEXTO ORIGINAL AGREGANDO UN ANEXO EN DONDE EXPONE SUS IDEAS, CONCEPTOS Y PROPUESTAS POLÍTICAS.



Edición especial para candidatura
de Rodrigo García Pinochet



Por un Chile
sin IVA a los libros.

www.garcia-pinochet.cl